

SECH

AÑO 1. JULIO DE 1936 N.º 1.

Edición de la Universidad de Chile

Contenido:

Sech

Dos cartas inéditas de Lastarria a don Ambrosio Montt.

Manuel Rojas, *José Martí y el espíritu revolucionario en los pueblos.*

Enrique Espinoza, *La actualidad de Heine.*

Enrique Heine, *Lo que pasa en Francia.*

Ernesto Montenegro, *Ensayo sobre el Ensayo.*

Miguel de Montaigne, *Prefacio de los Ensayos.—Del arte de conversar.*

John Strachey, *Literatura y Capitalismo.*

Januario Espinosa, *Informe sobre el Premio Literario de la Municipalidad de Santiago, 1935.*

Una conversación con Luis Franco.

Los escritores y la prensa.

Rosny, el creador y el trabajador octogenario.

Bibliografía.

REVISTA DE LA
SOCIEDAD DE ES-
CRITORES DE CHILE

Librería y Editorial Nascimento

Ofrece a Ud. las obras más interesantes. Póngase en contacto con las realidades de su tiempo. Sepa Ud. lo que ocurre y lo que piensan los hombres en su país y fuera de él.

HISTORIA.

De Fco. Anto. Encina:	
«Portales» 2 tomos.....	\$ 20.—
«La Literatura Histórica Chilena y el Concepto actual de la Historia».....	10.—
De Alejandro Vicuña:	
«Cicerón».....	8.—
«Savonarola».....	10.—
De Alberto Edwards:	
«El Gobierno de don Manuel Montt».....	15.—
De Luis Barros Borgoño:	
«Proemio» a «El Gobierno de don Manuel Montt».....	10.—
De Carlos Vicuña y Gabriel Amunátegui:	
«Homenaje a don Emilio Vaisse».....	3.—

NOVELA.

De Juan Marín:	
«Paralelo 53».....	8.—
De Ciro Alegría:	
«La Serpiente de Oro».....	10.—
(Premio del Concurso Nascimento, auspiciado por la Sociedad de Escritores de Chile)	
De Diego Muñoz:	
«Malditas Cosas».....	6.—
De Ignacio Silone:	
«Fontamara».....	8.—
(Visión del facismo en una aldea italiana.— Traducción de Elena Caffarena).	

ENSAYOS:

De André Malraux:	
«El Tiempo del Desprecio».....	\$ 6.—
(El nacismo interpretado por este autor. Traducción de Oscar Vera).	
De Juan Tornero:	
«Italia Nueva».....	5.—
(Impresiones de un extranjero que ha vivido en Italia en los últimos años).	

GUERRA DEL CHACO.

De Augusto de Céspedes:	
«Sangre de Mestizos».....	10.—
(La guerra del Chaco novelada).	
De Aquiles Vergara:	
«Del Caldero del Chaco».....	12.—
(Evocaciones del autor, actor en esta contienda).	

SECH

CeDInCI

Julio — 1936

SECH

Gracias a la generosidad de la Universidad de Chile y a la amabilidad de su Rector, don Juvenal Hernández, la Sociedad de Escritores de Chile cuenta desde ahora con una revista. Esta revista pretende ser un órgano gremial, gremial no sólo desde el punto de vista económico del oficio del escritor, sino también desde el punto de vista espiritual del mismo. Es decir, que en ella se dará preferencia a los asuntos que atañan al escritor como productor y como creador.

Tal vez este primer número no dé una idea de lo que queremos hacer. Es la primera vez que en Chile se publica una revista de esta índole y debido a esto no tenemos aun la preparación ni la destreza necesarias.

La revista ofrece sus páginas a los escritores nacionales y extranjeros. Los artículos que se reciban en francés, serán publicados en ese idioma. Los demás, traducidos.

Reproducimos aquí la parte esencial de las bases presentadas para la publicación de esta Revista, bases que fueron aprobadas por el Directorio de la Sociedad de Escritores de Chile:

«La revista se dividirá en dos partes: redacción e informaciones. En la primera parte **se publicarán** estudios, ensayos, artículos sobre temas de interés gremial o literario, monografías de autores que estén ya fuera del comercio literario, artículos de divulgación científica, ensayos sobre la cultura en sus diversas manifestaciones, y, en páginas especiales y con títulos también especiales, manifiestos firmados por un escritor o un grupo de escritores que merezcan el respeto de la Sech., etc.

»En la segunda parte irán extractos de actas, noticias de la Sociedad de Escritores o sobre algunos escritores; libros recibidos (con la sola indicación bibliográfica); resúmenes de la labor del Directorio de la Sech., comunicaciones y todo aquello que caiga bajo el rubro informaciones. **No se publicarán** creaciones literarias de ninguna clase, es decir, cuentos, poesías, etc., ni notas críticas sobre libros escritos por autores de la vieja o nueva generación nacional. Del mismo modo, contestaciones a artículos críticos.»

Dos cartas inéditas de Lastarria a don Ambrosio Montt (1)

Valparaíso, Junio 27 de 1885.

Carísimo compadre: me acaban de decir que sale hoy el *Galicia* y aunque me traje de Santiago su carta de 1.º de corriente para contársela, aquí he olvidado lo que sabía en Santiago. Y no es extraño porque aunque he venido a darme sogá, me traje seis cartapacios de papeles míos para ponerlos en orden, pues tengo abandonados mis negocios, y entre esta ocupación, y una pituita que me ha sobrevenido, he ocupado tiempo y atención; y ni aún he podido atender a mis hijas.

Sus noticias de Buenos Aires me confirman en la idea de que esos hombres están ya tan viejos, que no le queda más que vanidad. Sarmiento está tan fatuo que en Chile sería el hazme reír, y si no lo es allá, o es porque todos lo son, o porque le quiéren demasiado. Ahora le ha entrado la fatuidad por las memorias de don Manuel Montt, y hasta llega a tratarle de *tío*, como si hubiera sido su amigo familiar, cuando no era más que uno de esos muchos agentes de quién se servía Tito Livio para hacer de las suyas como hacía en el poder. Lo que es Mitre, no pasa de ser el papá Matta, y ha adquirido hasta la frase de éste. López, que usted cree más viejo, debe estar riéndose de ellos, porque tiene un alma elevada, a la cual no alcanza la edad. No me hable de Avellaneda porque ese ha sido, viejo o mozo, un tonto de lo más pretencioso. Lo que Ud. dice, sólo prueba que en países que tienen respeto y cariño por sus grandes servidores, éstos pueden ser en su vejez tan sonsos como quieran, sin peligro que se rían de ellos como nosotros, atenienses temerarios, nos hemos reído del Dr. Palma y hasta del famoso D. Andrés.

Otro tanto pasaría en Francia, si sus grandes hombres fueran como los porteños de Buenos Aires; pero si Víctor Hugo ha merecido los homenajes que Ud. admira, es porque a los 82 años permanecía siempre Víctor Hugo, tal como era en su virilidad, aunque los críticos lo acusan de que en sus últimas obras tenía *más sentimiento* que filosofía. ¡Qué crítica!

Sin embargo don José de Bernales, digno ministro de la Suprema, mientras estuvo expuesto el cadáver de Víctor Hugo, no se cansó de presentar como una prueba de la decadencia de Francia, aquellos homenajes a un versista, que no había dicho ni hecho en su vida más que herejías y versos. Sólo se consoló don José el día que llegó aquí un

(1) Por especial deferencia a nuestra Revista, Sady Zañartu nos ha dado para su publicación dos cartas de don José Victorino Lastarria, que ha desglosado a la correspondencia que el gran chileno mantuvo durante la última década de su vida con D. Ambrosio Montt y Luco.

Sady Zañartu publicará en breve, con un estudio biográfico de la vida de Lastarria, este epistolario inédito del ilustre escritor, que contiene más de ochenta cartas sobre las que hay, no sólo preciosas noticias del hombre para la historia literaria de América, sino un panorama de la descomposición política que se avecina con el triunfo de la guerra del 79, en los períodos de Santa María y Balmaceda.—N. de la R.

telegrama en que otro medio leso anunciaba, con cierto aire de triunfo, que sólo había asistido plebe a los funerales del gran poeta.

En fin, compadre, yo he dado en reirme de todo, no porque tenga buena salud y bienestar, como usted supone, sino porque me falta todo eso, y más que eso el dinero para vivir con desahogo. Ya el trabajo me cansa, pero si mi trabajo fuera libre y a voluntad, como el de Sarmiento, no me cansaría, y vería usted cómo me volvía joven yo también. (1)

Se me ha ido la carta sin darle noticias políticas y hablarle de la imbecilidad de su amigo Casacuberta. (2) Será otra vez...

Santiago, Septiembre 30 de 1886.

Mi muy querido amigo: he leído con gusto sus cartas de 28 de Julio y de 12 de Agosto últimos, y no le escribí en el vapor anterior, porque, ocupado en un pleito que quería despachar pronto, se me fué el día del correo, pues sigo siempre en mi oficio, sin atreverme a usar el otro que me dió la ley de 28 de Agosto para jubilar con sueldo íntegro, hasta que esté más imposibilitado, o a lo menos hasta que se me presente la ocasión de renunciar con algún servicio gratuito al Estado los 1,750 pesos que me dan de más. No me permite mi delicadeza exponerme a censura como las que hacen a los jubilados cuando los ven trabajar como sanos.

Ahora me pongo a escribirle antes del día de correo porque no quiero faltar otra vez, y porque en los días que faltan no han de ocurrir novedades que alteren la calma chicha en que hemos entrado. Hoy no hay olas, como las que levantaba el necio Santa María, y el único viento que sopla es el que lleva al Gobierno las naves en que viajan los partidos. Los liberales disidentes fueron los primeros en echar su puente para pasar al lado de la Moneda y después han seguido hasta los clericales. Se cree que Balmaceda haga gobierno de conciliación y todos esperan y aplauden, sin que haya ni esperanzas ni certezas, ni nada que aplaudir. Balmaceda ha hecho un ministerio desvaído, con lo poquísimamente decente que tenía a su lado, poniendo un liberal incoloro que nada representa en política, un montvarista retenido con dos de medio color, como Edwards y Sánchez, y otro que dicen liberal, como Godoy, que jamás ha militado en filas conocidas. La partida es pues de los nacionales, que han comenzado a soñarse partido, trabajando por alejar del gobierno a los sueltos y sobre todo a los radicales.

Veo en esta situación un peligro para la causa liberal, aunque nadie lo vé ni lo huele. El mal elemento de los nacionales sabrá triunfar, y, a medida que vaya produciendo el desengaño, en los sueltos, éstos serán atraídos por los conservadores, que tienen entre aquéllos varias conexiones íntimas por medio de Concha y otros; y al fin y al cabo

(1) D. J. Victorino escribe esta carta a los 68 años de edad.

(2) Sobrenombre que daba a Santa María recordando al célebre actor argentino Casacuberta.

se producirá una fusión híbrida, como la del año 63, u otra cosa parecida contra el gobierno *nacionalizado*. Semejante resultado favorecerá a los clericales, y Balmaceda, inspirado por los odios de Santa María de una parte, y por su aspiración a las libertades teológicas, por otra, llegará a formar un gobierno *nacional reformado* contra un fuerte opositor en el cual predominarán conservadores y radicales. Para que ésto no suceda sería preciso que Balmaceda, desde luego diera la preferencia al elemento liberal en su gobierno, descartándose de ese puñado de montvaristas especuladores que le sitian. Pero no hará eso, porque no es capaz. Cuando digo yo estas cosas, los liberalotes se sonríen en mis barbas, como diciendo: «deje que Balmaceda nos llame y verá a dónde van a parar Besa, Novoa y demás montvaristas». Usted me dirá si podrá llamarlos Balmaceda, teniendo a sus costillas a Santa María y a don Pedro, su cuñado de usted... Lo único que ha podido y podrá hacer es llamar liberales como don Eusebio Lillo y Godoy, tras de los cuales irán Orrego Luco, Yávar y otros a la laya. Entre tanto, los sueltos y los radicales se quedarán esperando el advenimiento de un redentor, como los santos padres aquéllos.

Esos es cuanto puedo decirle de política, que en cuanto a lo demás, usted conoce la situación industrial y financiera del país, y sabe que estamos en una crisis insalvable. Todo lo que se vé es para entristecer aún a los más optimistas de esta tierra.

Sea usted feliz en Inglaterra, estudie mucho, escriba muy poco, y haga caudal de experiencia para escribir después y servir a su pobre patria. Yo seguiré juzgando y lamentando mi suerte y la de todos, y haciendo oración porque reviente un volcán en el Santa Lucía, que acabe con esta pocilga de pícaros y de tontos...

José Martí y el espíritu revolucionario en los pueblos (1)

POR Manuel Rojas

SEÑORAS Y SEÑORES:

La Sociedad de Escritores de Chile, al organizar esta velada en conmemoración del cuadragésimo primer aniversario del fallecimiento de José Martí, ha querido, antes que nada, exteriorizar la simpatía y la admiración que siente por aquellos hombres, tan escasos en número, que han legado a las generaciones de su país y de Hispanoamérica el ejemplo de su vida y de su obra.

Y al hablar de obra no me refiero, en este caso, a la labor de escritor de José Martí, a sus dotes de periodista o a su elocuencia de orador. José Martí se me presenta, de preferencia, bajo una luz que

(1) Discurso leído en la Universidad de Chile, el 19 de Mayo.

domina todas las que surgen de su rica y variada personalidad. Al pensar en él no lo veo como escritor ni como orador, aunque sé que existió como lo uno y como lo otro y que en ambos sentidos su obra es resplandeciente. Pero el escritor y el orador son, en el espacio y en el tiempo, individuos incompletos: como lo primero, no se proyectan sino sobre reducidas zonas del espíritu colectivo; como lo segundo, sólo en aquellos momentos en que hablan. José Martí, orador, pudo dominar y admirar a los que le escucharon: una vez muerto, esa dominación y esa admiración, desaparecen, y aunque sus discursos puedan haber sido incorporados a su obra de escritor, ésta, por su condición de pensamiento impreso, no llega ya a la masa del pueblo de donde Martí salió y en donde, realmente, José Martí vive en toda su grandeza, no en su grandeza literaria, no en su grandeza oratoria, pero sí en su grandeza revolucionaria. José Martí, más que escritor, más que orador, más que nada, es para mí el arquetipo del revolucionario, mejor dicho, una de las imágenes más puras del espíritu revolucionario de Hispanoamérica.

Día llegará en que todas las figuras prominentes de Hispanoamérica serán examinadas, no en relación con su clase, no en relación con su fortuna o con su inteligencia, sino en relación con sus pueblos; se buscará el aporte que trajeron y dejaron en ellos, en qué forma eterna los enriquecieron y qué imágenes dejaron en el espíritu de ellos. Veremos entonces que la mayoría no son sino figuras de arena o de hojarasca, hombres que conquistaron, gobernaron o dominaron sólo en nombre de intereses de partido y de clases o en nombre de intereses menos confesables; poquísimos gobernaron a los pueblos por los pueblos mismos, y éstos no guardan de ellos más que recuerdos superficiales e inútiles; pasaron a la historia más por necesidad de la historia misma que por derecho adquirido.

En este sentido, que a muchos parecerá sin valor, pero que lo va teniendo más y más alto a medida que las masas populares adquieren conciencia de su destino histórico, en este sentido, digo, la figura de José Martí es una estrella inapagable y de magnitud alfa. Enriqueció a su pueblo con una imagen que nada ni nadie podrá ya hacer desaparecer. Podrán venir todos los Machados del mundo, grandes o chicos, astutos o crueles, brutales o hipócritas; todas las escuadras imperialistas podrán echar el ancla en la bahía de La Habana; todas las *corporations* podrán aposentarse en la isla y devorar, como la langosta bíblica, su azúcar o su tabaco; mas nadie podrá quitar al pueblo cubano la imagen de Martí, la imagen de aquél que engrandeció, hasta más allá del temor a la muerte, el espíritu revolucionario de su pueblo.

Porque el hombre que engrandece, en alguna forma, el espíritu de su pueblo, permanecerá en él hasta el fin de las generaciones, en tanto que aquél que pretenda amenguarlo sólo será, en el transcurrir histórico, una sombra que las generaciones irán más y más, empujando hacia el olvido.

En la historia moderna los pueblos se valorizan, más que por otra cosa, por las transformaciones sociales que han realizado. ¿Por qué Rusia atrae hoy las miradas de todo hombre culto no ligado a inte-

reses de partidos o de clases? Por su revolución. ¿Por qué Francia tiene, en el presente y en el pasado, tan inmenso prestigio? Por su revolución. ¿Por qué México es, entre todas las naciones de Hispanoamérica, la que más atracción posee? Por sus revoluciones. Porque las revoluciones, a pesar de que la palabra sugiere siempre temor, no representan sólo un afán de matar o un deseo de morir; ellas indican vitalidad, indican que los pueblos poseen espíritu y que ese espíritu, encontrando estrecha la forma social o política, pretende superarla. Ellas engendran nuevas formas sociales, nuevas fórmulas jurídicas, nuevas culturas económicas y artísticas. Hispanoamérica necesitó una revolución para surgir a la vida histórica; la necesitó también Estados Unidos y la necesitaron asimismo muchas otras naciones. Pero el ciclo no está cerrado, e Hispanoamérica y Estados Unidos y todas las otras naciones deberán nuevamente realizarlas a medida que nuevas estructuras económicas, nuevos conceptos jurídicos y nuevas exigencias morales vengán imponiéndose en el mundo.

—Las revoluciones—decía Martí—son nada más que una de las formas de la evolución.

Debió haber dicho: una forma impaciente de la evolución.

Ahora, si recordamos que las revoluciones las hacen los pueblos, aunque, desgraciadamente, no siempre en provecho propio, reconoceremos el valor que Martí posee en cuanto enriquecedor del espíritu revolucionario de su pueblo. Porque éstos, para poder subsistir espiritualmente, necesitan arquetipos, y aunque estos arquetipos no sean sino representaciones dinámicas, símbolos que representan movimiento y acción; aunque no sean sino valores que la dorada mediocridad considera de baja orden, ellos son los únicos que rigen su vida anímica, los que fijan su carácter y los que forjan su futuro. Estos símbolos, o estos arquetipos, que en ocasiones vienen del fondo obscuro de la horda o del clan, o que son adquisiciones recientes, se heredan en los pueblos con la misma fijeza fisiológica de los rasgos raciales. Los pueblos, la masa de los pueblos, no tienen hasta hoy, debido a su condición de siglos, símbolos o arquetipos intelectuales; sólo tienen los que he indicado: de fuerza y de acción, emocionales.

De esta manera el pueblo de Chile no sabe sino en ínfima proporción quién era o si existió don Alonso de Ercilla y Zúñiga; igualmente, ignora la existencia de don Mariano Egaña; pero sabe demasiado bien quién era Caupolicán y no olvidará nunca a Manuel Rodríguez, a pesar de que el primero no era poeta ni de que el segundo escribió Constitución Política alguna. Estos dos seres, fabulosos o reales, al pueblo no le importa averiguar si son lo primero o lo segundo, han sido incorporados a los arquetipos de la raza y son, conjuntamente con otros, sus dioses, el ejemplo que obscuramente pretenden imitar y que en los momentos decisivos surgen de su alma y lo empujan al heroísmo y a la muerte.

Estos arquetipos se transmiten en los pueblos por tradición oral y aun aquellos que son pura creación literaria, llegan a ellos en la misma forma. La creación literaria rebasa, debido a la fuerza de la gente, los reducidos moldes del pensamiento escrito y se derrama sobre los

pueblos, cumpliendo así una de sus funciones más nobles y menos conseguidas: enriquecer al pueblo con imágenes que engrandezcan su alma elemental y profunda. En la trayectoria, estas imágenes, como sucede con los proyectiles de gran potencia, se desfiguran un poco, pero a pesar de ésto llegan al pueblo con todo su dinamismo y su poder expansivo.

Y aunque no sea éste el caso de Martí, pues Martí como hombre, como escritor y como revolucionario está más allá de toda creación literaria, podemos decir que es muy posible que el pueblo cubano ignore su obra literaria, y, lo que es peor, no la eche de menos; pero al revolucionario, al hombre, por no usar una palabra menos académica, a ése no lo ignora ni lo olvidará nunca, como no olvidará a Maceo, a Máximo Gómez, y a todos aquellos que durante décadas defendieron, fusil o machete en mano, la independencia cubana.

Este aspecto civil de Martí cobra más relieve si recordamos que era de humilde origen social y que estaba dotado de condiciones intelectuales que en ciertos matices llegaban a la genialidad. Como pobre que era no defendía, al luchar por la independencia de Cuba, riqueza particular alguna: no tenía hacienda que pudiera ser amenazada por la codicia de los opresores ni debía pagar impuestos que le resultaran onerosos o violentos. En este sentido su espíritu revolucionario era puro y sus ideales de libertad no estaban manchados por la ambición de groseros intereses materiales.

Y siendo inteligente y, además, hijo de españoles, condición que en esa época equivalía en Cuba a preferencia y distinción, pudo haber alcanzado con facilidad lo que muchos otros criollos tal vez apetecían y alcanzaron: fortuna y posición social. Pero este hombre estaba hecho para destinos más eternos aunque más trágicos. Educado y protegido por un hombre intachable, de quien recibió sus dos orientaciones definitivas, la libertad y la belleza, José Martí, crecido en medio del ambiente de revuelta que se respiraba en Cuba desde muchos años, llegó a la vida consciente con un ardor y un ímpetu que le merecieron, a los dieciséis años, una sentencia que empezó siendo de muerte, que se cambió luego en seis años de presidio y que terminó en destierro a España. Desde ese momento, el de su condena, no hubo para él sino un pensamiento: librar a Cuba de la dominación española, no porque ésta fuese española, sino porque era dominación, ya que José Martí no odiaba a España ni podía odiarla desde que él era un fruto de su cultura y una flor de su bravura. Decía en Madrid a un amigo español, después de confesar su amor a la cultura de España:

—Soy separatista, porque España está aquí, pero no en Cuba. Yo, que entre ustedes soy un igual, no seré allí sino un extranjero: viviré en tutela, sometido, sospechado, con todas las puertas cerradas a mi derecho si pido justicia, a mi ambición si soy legítimamente ambicioso...

Los seis meses de presidio que vivió en Cuba dejaron en su alma

y en su carne huellas que perduraron tanto como su ansia de libertad. Vió y sintió allí lo que esperaba a los que tuvieran la osadía de soñar en destinos más libres para Cuba. Trabajó en las canteras, a veces con el agua a la cintura, mordida la piel por la cal, por el sol y por el látigo, arrastrando cadenas que le royeron los tobillos. Sin embargo, el dolor ajeno le preocupaba más que el propio. Una epidemia de cólera se desató en el presidio e innumerables compañeros empezaron a derrumbarse en los patios. El los socorría, los incorporaba, les frotaba los miembros, desesperado, mientras el guardia miraba hacer o le apartaba de un empujón.

Llegó a España medio ciego, con una lesión ínguinal producida por un golpe de la cadena, pálido, delgado, acabado por el presidio. Tenía sólo diecisiete años. Cuando le presentaron a Zeno Gandía, le dijo estas extrañas palabras:

—Usted no me conoce. Es preciso que antes de darme su mano piense si es digno de estrecharla un hombre ultrajado que aún no ha recibido satisfacción a su decoro.

Y ante la sorpresa del joven sudamericano, José Martí, abrióse la camisa, le mostró las cicatrices del presidio.

Se recibe de abogado y abandona España. Va a México. Entra a escondidas a Cuba. Pasa a Guatemala y vuelve de nuevo a Cuba, donde permanece catorce meses y de donde sale nuevamente desterrado. Antes de partir, el general Blanco le ofrece ponerlo en libertad a cambio de que declare su adhesión a España. Martí contesta:

—Digan ustedes al general que Martí no es de raza vendible.

Va a España y de allí marcha a Estados Unidos; de aquí pasa a Venezuela, la tierra del sol amada, de donde es deportado. Vuelve a Nueva York y desde aquí en adelante su vida es una lucha y un ardor sin fin. Durante toda esta larga vía-cruce, desprecia bienestar y comodidad, palabras que carecen de sentido para él. Su obsesión es la libertad de Cuba. Las mujeres florecen a su paso y él sólo coge de ellas la sonrisa de su florecimiento. Aquella que logra retenerlo y ser su esposa, tiene que arrepentirse después. Cuba y su libertad están por encima de todo. Conspira, escribe, habla, organiza revoluciones que fracasan. Es admirado y odiado. Jorge Mañach, uno de los muchos biógrafos de Martí, cuenta:

«Al llegar Martí un día con Ramón Rivero a un taller de Tampa, los obreros se quedan, contra su costumbre, sentados, y en silencio. Alguien oye murmurar: «Ya llegó el bandido». Pero Paulina Pedroso, una mulata, que ha cruzado la calle detrás de Martí, sube a la tribuna y dice:

«—¡Caballeros: si alguno de ustedes tiene miedo de dar su peseta o de ir a la manigua, que me dé sus calzones, y aquí tiene mi camisa!»

Los viejos revolucionarios, aquellos que han visto llegar su vejez peleando en la manigua, aunque reticentes al principio, concluyen por amarlo como a un hijo. El les paga con igual largueza. Trabaja de noche y de día, urde, da órdenes, se afana, expone su vida o su libertad, mendiga, suplica. Escribiendo a un rico cubano en demanda de dinero para preparar la revolución, le dice:

«Todo minuto me es preciso para ajustar la obra de fuera con la del país. ¿Y me habré de echar por esas calles, despedazado y con náuseas de muerte, vendiendo con mis súplicas desesperadas nuestra hora de secreto, cuando usted, con este gran favor, puede darme el medio de bastar a todo con holgura y de encubrir, con mi serenidad mis movimientos? Como un perro infeliz vivo, y no me quejo, desde que empecé este trabajo de salvación; y usted, que lo vé todo, que lo sabe todo, que ama a Cuba, que me vé padecer, ¿me dará estos momentos—acaso los últimos de mi vida—de gloria y de respiro, o me dejará solo en mi dolor y responsabilidad, rodeado de hombres que ya han hecho cuanto podían hacer, arrastrándome y mendigando, por salvarle a su patria, suplicando en vano, lamiendo la tierra lo mismo que un perro?»

En ocasiones el cansancio le baja las manos y le entristece el alma. Sus manos, que ya echan de menos armas más pesadas con que defender a Cuba, rechazan la pluma. Otras veces, la visión de su muerte lo asalta. Dice:

«Mi porvenir es como la luz del carbón blanco, que se quema él para iluminar alrededor. Siento que jamás acabarán mis luchas. El hombre íntimo está muerto y fuera de toda resurrección, que sería el hogar franco y para mí imposible, donde está la única dicha humana, o la raíz de todas las dichas. Pero el hombre vigilante y compasivo está aun vivo en mí, como un esqueleto que se hubiese salido de su sepultura; y sé que no le esperan más que combates y dolores en la contienda de los hombres, a que es preciso entrar para consolarlos y mejorarlos. . . La muerte o el aislamiento serán mi único premio.»

Por fin, después de agotias y de contrariedades sin fin, logra organizar una revolución. Ha conseguido dinero, tiene tres barcos con armas y hombres y sólo espera un aviso para lanzarse a la lucha. Pero interviene el gobierno de Estados Unidos y los tres barcos son confiscados. Es la catástrofe, y la desesperación se apodera de Martí. Pero no es ésta una desesperación pasiva. Martí parte para Cuba con lo que le ha quedado; se une a sus generales y prepara el ataque. Por donde pasa deja alegrías y esperanzas, levanta a los abatidos, anima a los reacios y él mismo, días antes de morir, escribiendo a sus amigos, confiesa que es la primera vez que se siente hombre después de haber vivido años y años avergonzado, arrastrando las cadenas de su patria. «Me siento puro y leve—dice— y siento en mí algo como la paz de un niño.»

Esa paz se le torna completa a las pocas horas. En el potrero de Dos Ríos, José Martí cae bajo las balas españolas. Delante de su ataúd, el coronel Jiménez de Sandoval pregunta a los civiles allí presentes si alguno de ellos desea hablar. Como nadie responde, pronuncia él estas palabras:

«Señores: Cuando pelean hombres de hidalga condición, como nosotros, desaparecen odios y rencores. Nadie que se sienta inspirado de nobles sentimientos debe ver en estos yertos despojos un enemigo. . . Los militares españoles luchan hasta morir; pero tienen consideración para el vencido y honores para los muertos.»

Así vivió y así murió José Martí, héroe de Cuba y una de las imágenes más puras del espíritu revolucionario de Hispanoamérica.

La actualidad de Heine

POR Enrique Espinoza

De todos los grandes poetas revolucionarios del siglo XIX—desde Shelley a Rimbaud—Heine es el único que ha alcanzado a dar expresión definitiva a su mensaje social, antes de malograrse a su vez, en el *Matrassengerüb*,—su tumba de colchón. De ahí que sea hoy el escritor europeo más presente en nuestra época y el más amado en todas partes, menos en su país natal. Amado, no sólo por muchos de sus mejores versos, a los que en conjunto, él mismo, no daba mayor importancia, a pesar del éxito sin precedentes del *Buch der Lieder*, sino, y en primer término, como tanto confiaba, a causa de su denodado combate de toda la vida en favor de la emancipación del género humano.

Recuérdese a este propósito, sus propias palabras en el segundo tomo de sus juveniles *Cuadros de Viaje*:

«No sé en verdad si merezco que se adorne mi féretro con una corona de laurel. La poesía, aunque la adoro con toda mi alma, fué siempre para mí un juguete sagrado, un medio divino para fines celestes. Nunca le di gran valor a la fama poética, y poco me importa que se aplaudan o censuren mis versos. Lo que debéis poner en mi féretro es una espada: que siempre he sido un valiente soldado en la guerra libertadora de la humanidad.»

Muchos testimonios semejantes se pueden hallar a lo largo de toda su obra en prosa y en verso. Porque si es cierto que Heine no fué nunca un hombre de partido, supo tomar siempre partido en el sentido histórico y anunciar al pueblo su hora.

Por eso cuando los hombres, después de la gran guerra, perdieron hasta la última ilusión de libertad civil, como si el mundo entero se hubiese contagiado con el virus militar prusiano, vencido, sin embargo, en nombre del espíritu, del derecho y de la democracia, los escritores de uno y otro lado de las trincheras, que no se habían hecho a ningún dogma de obediencia, coincidieron en la exaltación del poeta que primero vió el aspecto revolucionario de la filosofía alemana y tuvo el valor de llegar hasta sus últimas consecuencias, afirmando, mientras Marx se sentaba aun en los bancos de la escuela: «los proletarios en su lucha contra el orden existente poseen como caudillos a los espíritus más avanzados, a los grandes filósofos».

Durante la misma hecatombe europea, un soldado del frente alemán, llamado Hermann Wendel, se las arregló para escribir mientras combatía contra los ejércitos aliados, el primer libro sobre Heine que encara el estudio del poeta en su raíz, es decir, como lo que era: un hijo de la Revolución.

El Estado Mayor del Reich autorizó la publicación del libro quizá sin leerlo, en la creencia de que sólo se trataba de una biografía más del famoso poeta, pues Wendel le había puesto por título simplemente *Heinrich Heine*.

Hasta entonces sólo algunos críticos internacionales, como Mathew Arnold, Georg Brandes y Franz Mehring habían atisbado este aspecto particular—perdónese la paradoja—de la personalidad de Heine; pero es a Hermann Wendel, el actual biógrafo de Dantón, a quien corresponde su análisis total.

Después del libro de Wendel han aparecido dentro y fuera de Alemania numerosos ensayos de distinta naturaleza sobre Heine. Basta recordar en uno y otro extremo de la escala, el monumental estudio de Max Brod y el abominable elogio de Camille Mauclair. Desgraciadamente, este último es el único libro sobre Heine que existe en castellano, fuera del pequeño devocionario de Alberto Gerchunoff.

Hace un par de años, la *Nouvelle Revue Française*, publicó un libro firmado por Mme. Antonina Vallentin que resume cuanto se ha escrito sobre el poeta con admirable método de mujer, en un zurcido perfecto, que no deja fuera ninguna hebra del extraordinario espíritu de Heine.

A través de esta biografía que también lleva por título sólo el nombre del poeta, pero en francés (resulta inútil por cierto, colgar cualquier cola retórica a quien se impone con su mera presencia nominal), puede el lector menos avisado formarse una idea más o menos exacta de la significación social de Heine como poeta y comprender, sin esfuerzo, por qué los enemigos de la libertad y de la cultura repudian hoy con tanta saña al gran escritor del Rin que hizo más que ningún político por la inteligencia de Francia con Alemania.

Bajo el gobierno brutal de Hitler el nombre de Heine es ahora tabú para los dirigentes nazi; pero en la imposibilidad de borrar de la memoria del pueblo una de sus felices canciones populares, se la ha declarado de autor desconocido, rindiéndole con ello, sin quererlo, el máximo de los homenajes, pues se viene a dejar en el verdadero anónimo a todas las otras versiones: arias y puras...

Pero es en Rusia, Francia y España donde la memoria de Heine vive libremente, como siempre, en el destierro. Durante las sesiones del Primer Congreso Internacional de escritores soviéticos, su retrato colgaba entre los de Cervantes y Shakespeare. En este Congreso la delegación de poetas armenios anunció que se estaba levantando por su iniciativa una estatua a Heine en la capital de su país, como un desafío a la que los bárbaros destruyeron en Hamburgo.

Por su parte, un ex-obrero metalúrgico que es ahora uno de los mejores críticos rusos de literatura, Franz Schiller, leyó un extenso estudio sobre las relaciones de Heine y Marx en París.

En el cementerio de Montmartre la tumba del poeta no ha dejado en verdad, de ser cubierta de flores un solo día por sus admiradores franceses y últimamente por los desterrados alemanes, como yo mismo he tenido ocasión de comprobarlo el año pasado.

En un reciente álbum editado por el Comité Thaelmann de París,

el novelista André Malraux firma con el sabio Paul Langevin un extraordinario prólogo que recuerda las mejores páginas de *El Tiempo del Desprecio*. A este prólogo, verdaderamente magistral, pertenecen las siguientes palabras alusivas a unos famosos versos de *Germania, cuento de invierno*:

«Le grand Henri Heine, déjà chassé de son pays par la réaction et dont on vient de commémorer le 80.^e anniversaire de la mort, stigmatisé, dans un de ses magnifiques poèmes, les valets des tyrans qui fouillent avec méfiance ses bagages et ses manuscrits, mais qui ne peuvent connaître et détruire sa pensée.

»Les nationaux-socialistes peuvent eux aussi perquisitionner, emprisonner ou martyriser: ils ne pourront détruire la pensée audacieuse qui entrevoit une ère nouvelle et la volonté qui la soutient pour la réaliser.»

También André Gide desde Saint-Louis du Sénégal, acaba de rendir en un *Billet à Angèle* que publica *Vendredi* un sentido homenaje de admiración al poeta, digno de ser meditado como todo lo del gran escritor francés.

En cuanto a España, la *Revista de Occidente* ha iniciado hace pocos meses con una obra de Heine, *Lo que pasa en Francia*, una nueva colección de libros del siglo XIX. Se trata de una serie de artículos y boletines cotidianos que el poeta escribió para la *Gaceta General de Aushurgo* en los años 1831-1832, y que en su tiempo fueron reunidos en volumen bajo el título original de *Französische Zustände*.

Asimismo la Colección Universal de Calpe tiene en prensa los tres volúmenes *De la Alemania* que ya no tardarán en aparecer. Lástima que entre nosotros donde tantas malas biografías novelescas se han publicado, no se anuncie siquiera el magnífico libro de Heine sobre Boerne; libro fundamental para el conocimiento íntimo del poeta en todas sus fases y que según Marx, «había recibido en su época de los germano-cristianos un trato tan necio que no tiene precedentes en ninguna otra época de la literatura alemana, con abundar en todas aquella fauna.»

Por nuestra parte, mientras podamos poner término a un prolijo estudio sobre la significación actual de Heine y a una selección de sus mejores páginas, creemos cumplir con la memoria del poeta, aconsejando con motivo del octogésimo aniversario de su muerte la lectura de cualquiera de sus libros y especialmente el ya mencionado: *Lo que pasa en Francia*. Estos artículos que tienen ya más de cien años parecen escritos a la víspera para cualquier revista libre de hoy. Véase atentamente, por vía de ejemplo, la introducción, no más, del artículo sexto. ¿No parece Heine enunciar con su estilo inconfundible esa dinámica de la historia que Trotsky—su gran admirador, por cierto—llama en nuestros días: «la revolución permanente»?

Lo que pasa en Francia

Introducción al artículo VI

París, 19 de Abril de 1832.

No pretendo robar a los talleres de los partidos su trivial escala para medir con ella los hombres y las cosas; aún menos pretendo determinar el valor y la magnitud de unas y otras conforme a los sentimientos y deseos particulares, sino que más bien deseo, sin partido preconcebido, procurar la inteligencia del presente y buscar, ante todo, en el pasado la clave del ruidoso enigma del día. Los salones mienten; las tumbas son veraces. Pero ¡ay!, los muertos, fríos recitadores de la historia, hablan en vano a la muchedumbre embravecida, que sólo comprende el lenguaje de la pasión.

Cierto es que los salones no mienten a sabiendas. La sociedad de los poderosos cree sinceramente en la duración eterna de su poder, aunque los anales de la historia universal, el llameante *Mene-Tekel* de las hojas diarias, y hasta la clara voz del pueblo en las calles, prodiguen sus advertencias. Tampoco los corrillos de la oposición mienten deliberadamente; se creen muy seguros de vencer, como, en general, los hombres creen siempre lo que desean; se embriagan con el champagne de sus esperanzas, interpretan cada contratiempo como un acontecimiento necesario que los acerca más a la meta. En la víspera misma de su perdición irradian confianza, y el mensajero judicial que les notifica legalmente sus derrotas les suele encontrar disputando la piel de oso. De ahí esos errores de visión a los que no se puede sustraer quien se aproxima a uno u otro partido; todos se engañan sin querer, y nos fiamos preferentemente de aquellos amigos que piensan como nosotros. Si por azar somos de carácter tan indiferente que, sin inclinación particular, nos tratamos de continuo con todos los partidos, entonces nos confunde la seguridad y suficiencia que advertimos en todos ellos y nuestro juicio queda fastidiosamente neutralizado. Hay indiferentes de esta clase, que no tienen opinión propia ni participan en los intereses de la época, que sólo quieren esclarecer lo que en verdad acontece y, por tanto, escuchar las murmuraciones de todos los salones y prestar la *chronique escandaleuse* de cada partido en la casa del otro.

Se tropieza con muchos indiferentes de esta clase que dondequiera no ven más que personas y no cosas, o que más bien en las cosas sólo ven las personas, y que profetizan la ruina de aquéllas porque conocen la debilidad de éstas y, por ésto, gufan a los errores y faltas más perniciosas a sus respectivos comitentes.

Tengo que llamar aquí particularmente la atención sobre la desproporción que existe actualmente en Francia entre las cosas, es decir, los intereses materiales y espirituales, y las personas, es decir, los representantes de estos intereses. Cosa distinta ocurría a fines del siglo pasado, en que los hombres todavía colosales se elevaban a la altura de las cosas, de suerte que formaron en la historia de la Revolución el tiempo heroico, por así decir, y que como tales son ahora celebrados y amados por nuestra juventud republicana. ¿O es que nos engaña, en este respecto, el mismo error que encontramos en madame Roland, que en sus *Memoires* se queja amargamente de que entre los hombres de su tiempo no hay uno solo importante? La pobre mujer no conocía su propia grandeza y no advertía, por tanto, que sus contemporáneos eran ya bastante grandes, porque en nada cedían a ella en cuanto a estatura espiritual. Todo

el pueblo francés ha crecido tan vigorosamente en altura, que acaso seamos injustos con sus representantes públicos, que, si no sobresalen especialmente de la multitud, no por eso deben ser llamados pequeños. Ahora ante el crecido bosque, no se pueden ver los árboles. En Alemania vemos lo contrario: una cantidad superabundante de troncos mutilados y pinos enanos, y entre ellos, aquí y allá, algunas encinas gigantes, cuya cabeza se alza hasta las nubes, mientras abajo los insectos roen el tronco.

El día de hoy es el resultado del de ayer. Si queremos saber lo que aquél quiere, debemos averiguar lo que éste ha querido. La Revolución es una y la misma; no es, no, como quisieran hacernos creer los doctrinarios, por la Carta por lo que se peleó durante la gran semana, sino por los mismos intereses de la Revolución, a los que se ha sacrificado la mejor sangre francesa desde hace cuarenta años. Pero para que no se vea en el autor de estos artículos uno de esos predicantes que por revolución sólo entienden trastorno y derrumbamiento y toman por lo esencial de la revolución los hechos fortuitos, quiere dejar definido, con la exactitud posible, el concepto fundamental.

Cuando la cultura espiritual de un pueblo y las costumbres y necesidades que de ella nacen no están ya de acuerdo con las viejas instituciones del Estado, entra necesariamente con éstas en una colisión que tiene por consecuencia su transformación, y se llama una revolución. Mientras la revolución no está terminada, mientras la transformación de las instituciones no concuerda por entero con la cultura intelectual y las costumbres y necesidades del pueblo emanadas de ella, la enfermedad del Estado, por así decir, no está completamente curada, y el pueblo enfermo, sobreexcitado, caerá muchas veces en la calma desmayada del abatimiento; pero en seguida, arrebatado de nuevo por el ardor de la fiebre, arrancará de sus viejas heridas los vendajes más ceñidos y recios y las hilas más benéficas, arrojará por la ventana los enfermeros más generosos y, dolorido y desazonado durante mucho tiempo, se revolverá de un lado y de otro, hasta encontrarse colocado por sí mismo entre las instituciones adecuadas.

Las preguntas de si Francia ha llegado al reposo, de si esperamos nuevos cambios políticos, y, por último, cuál será el fin de todo ello, estas preguntas debían ser formuladas más exactamente de este modo: ¿Qué impulsó a los franceses a iniciar una revolución? ¿Han alcanzado lo que necesitaban? Para responder a estas preguntas, en los próximos artículos trataré del comienzo de la Revolución. Esta tarea es doblemente útil, porque al tratar de explicar el presente por el pasado, al mismo tiempo se hace notorio cómo éste, el pasado, sólo en función de aquél, del presente, encuentra su comprensión más recta, y como cada nuevo día arroja una nueva luz sobre él, cosa de la cual nuestros «escribidores» de manuales no tienen la menor sospecha. Ellos creían que los actos de la Revolución estaban cerrados, y, en consecuencia, ya habían pronunciado su último juicio sobre hombres y cosas. De pronto tronaron los cañones de la semana grande, y la Facultad de Gotinga descubrió que se apelaba de las decisiones de su Colegio académico ante una instancia superior, y que no sólo la revolución especial de los franceses estaba aún inconclusa, sino que comenzaba una revolución aún más amplia. Cómo debieron espantarse estas gentes apacibles cuando, una mañana temprano, al asomar la cabeza por la ventana, contemplaron el derrumbamiento del Estado y de sus compendios, y, a través de su espeso gorro de dormir, las notas del himno marsellés percutían en sus oídos! En realidad, que en 1830 la bandera tricolor flameara algunos días sobre las torres de Gotinga, ha sido una broma de estudiante que la historia universal se ha permitido con los eruditos filisteos de Georgia Augusta. En esta época demasiada sería, se necesita alguna que otra aventura desintrestecedora de esta clase.

Ya es mucho a guisa de preparación de un artículo en que me ocuparé de esclarecer el pasado. El presente es lo más importante en este momento, y el tema que me ofrece es de tal naturaleza, que de él depende que pueda escribir más.

Ensayo sobre el ensayo

POR Ernesto Montenegro

Un hombre de nervios impresionables y de inteligencia lúcida, un hombre maduro por la experiencia y el estudio, un hombre que ama y tiene en poco a sus semejantes y a su propia persona; que gusta de la plática en compañía de espíritus vigorosos y que, de consiguiente, no teniendo muchas oportunidades de ejercitarla en tales condiciones, prefiere encerrarse a menudo en la vieja torre que queda dentro de sus dominios a componer allí unas piezas de breve literatura, que participan de las Memorias, pero que no lo son enteramente porque les falta continuidad cronológica y formal; que no son tampoco un *diario*, porque prestan menos atención a los sucesos cotidianos que a las reflexiones morales, que los hechos y las lecturas y los recuerdos desprenden de su bien nutrida inteligencia, y que tampoco alcanzan a ser un Tratado filosófico de la extensión y profundidad de los que solían componer los maestros griegos y latinos en cuya sociedad intelectual pasa habitualmente—un hombre de esa estirpe se nos figura Miguel de Montaigne, autor de la primera obra que se escribiera con el nombre de *Ensayos*.

El nombre es en este caso el hombre. Al bautizar la obra en que había exprimido sus meditaciones de treinta años, parece querer decir: La llamaré Ensayos, puesto que nuestra vida no es más que el diseño, el borrador mal perfeñado del monumento ideal que hubiésemos querido que fuese, y por lo tanto, cualquier producto de nuestro espíritu ha de ser tan deficiente y perecedero como la obra de nuestras manos. Pongámosles Ensayos por nombre a estas Misceláneas que no son otra cosa que una salida en dirección hacia donde reside la Verdad, a sabiendas de que no llegaremos a alcanzarla.

Ensayo y escepticismo son pues condicionales y complementarios. La palabra escogida para título, defina ya la posición del autor. El que dudó de todo y no desdeñó cosa alguna; el que juzgó al mejor de los hombres digno de la horca, no pudo creer ni en la obra perfecta ni en la obra perdurable. Por eso el Ensayo había de arraigar y aclimatarse tan prósperamente en Inglaterra, de donde proviene la tendencia al *understatement*, que es la disimulada jactancia de quien ha conseguido la maestría de algo. El genio inglés, en que lo transcendente y lo familiar se dan la mano sin violencia, añadió a la vena montaignesca la sal del humour y el vinagre de la sátira; y tenemos así los discursos jugosos y truculentos del Dr. Johnson y de Swift; *Del Crimen como una de las Bellas Artes* (De Quincey), la nota sonriente y tierna de

Elia en Charles Lamb; *De la decadencia en el arte de mentir* (Oscar Wilde), hasta las astutas paradojas de Chesterton y el punzante sarcasmo de Lytton Strachey. Macaulay derivó el Ensayo hacia la historia; Carlyle hacia los problemas políticos y morales, y varias generaciones sucesivas lo aplican a todas las preocupaciones de su época.

Pero el prototipo del Ensayo sigue fiel a la intención de su creador. Ninguna preocupación colectiva, ninguna abstracción filosófica o científica puede apartarlo de su esfera íntima de acción: es ante todo y por sobre todo la «reacción» del sentir y el pensar de un hombre, del hombre. Ese hombre es el espejo en que se mira la humanidad. La inteligencia y la experiencia son los materiales de que está constituido el Ensayo; pero la erudición no es más que su ropaje. Su elemento constitutivo, la carne viviente de que está formado, es la observación directa del autor y su confrontación con el macrocosmos de su individualidad. Es un producto del intelecto cordial.

Por esto nos parece ser condición esencial del Ensayo, la serenidad mental. Un agua enturbiada, un espejo empañado, no pueden reflejar con nitidez la vida que vive en sus rasgos menudos como en sus grandes líneas dentro del Ensayo. Los hombres de acción pueden realizar cosas magníficas y más o menos perdurables; los hombres de pasión fraguran discursos, arengas que polaricen a la multitud en la plaza pública o a los ejércitos en el campo de batalla; pero solamente el hombre de entendimiento ponderado será capaz de distinguir los hilos de la maraña viva de dones y vicios de que está tejida la naturaleza humana, sin abultar sus elementos, sin deformar sus rasgos, tal como conviene al autor de un Ensayo.

La posición moral de un escritor de Ensayos ha de ser además una de comprensión desinteresada. Si un hombre comienza por reconocer estar hecho del mismo barro que los demás, no caben ya para él ni la admiración incondicional ni la condenación absoluta. El Ensayo no es solamente una conversación con uno mismo sobre el tema universal y eterno—el hombre y el mundo en que halla la conciencia de su existir—sino que es a cada instante la comprobación de que la medida justa de cuanto vemos y sentimos en torno nuestro, es uno mismo.

Así llegamos a uno de los escollos del género. Un escritor superficial, un joven demasiado ignorante de sus fuerzas y flaquezas, puede caer muy luego en el narcisismo literario, en la delectación morosa de las ideas, en el juego banal de la paradoja. Por eso nos afirmamos en suponer desde el comienzo que el Ensayo ha de ser el fruto sazonado de la madurez espiritual de un hombre. Cuando Emerson comienza a escribir sus meditaciones sobre los Hombres Símbolos de la historia; cuando Thoreau, su amigo y confidente, se resuelve a poner en acción sus convicciones recónditas, son dos hombres en quienes la voz y el gesto se hallan bien pulidos contra el molejón de la vida.

Emerson se desentume junto al rescoldo de su fama temprana de augur, de vigía del pensamiento para un pueblo que debía encontrar pronto la fórmula filosófica del entendimiento condicionado a la acción—el pragmatismo. Ha dejado el púlpito donde predicaba do-

mingo a domingo ante una congregación de burgueses bostonenses, y se ha retirado a Concord, a salvo con su conciencia, aunque sufran las rentas y la familia tenga en secreto sus juntas quejosas con los amigos que se inquietan por su porvenir.

Pero Emerson ha descubierto ya su propia medida, y nada puede atarle en su empeño de valorar el mundo. Mientras el hombre no alcance esa conciencia de su verdadera vocación, la medida de su valer con sus cualidades y limitaciones, mientras, en fin, no sea capaz de comprenderse en los demás, le será negada a su pluma esa difícil facilidad del Ensayo, por ingeniosos que sean los substitutos que le ofrezca el mero talento literario.

Y por eso justamente, porque sus Ensayos divagan en torno al hombre, antes que penetrarlo e iluminarlo, los libros de Emerson están hoy menos vivos que los de su desaliñado contrincante, Henry David Thoreau. En ese mismo Concord, donde hace cien años las calles enmarañadas de maleza sólo se animaban al paso de los animales domésticos que ramoneaban a lo largo de ellas, Thoreau, a los cuarenta años cumplidos, resolvía poner de acuerdo el reloj de su conciencia con el de su voluntad, y se arrancaba a su vida de ciudadano para emprender una de las experiencias más radicales de la literatura moderna. En Thoreau, todo es contradicción aparente. Se va a vivir solo, junto a la laguna de Walden, en medio de un bosque, dos años enteros, porque le agrada demasiado pasar las veladas de invierno junto al fogón, charlando con la familia y los amigos, o pararse junto a una esquina del pueblo, a oír los chismes de la vecindad, todo eso que constituye como la moneda sencilla que nos proporciona las sensaciones por las cuales nos sentimos vivir cotidianamente. Porque Thoreau es un buen conversador y un hermano generoso y cordial en una familia ejemplar, saboreará infinitamente mejor esos meses de soledad y de trabajo suficiente, que serán para él como el cerrar la tienda para realizar minuciosamente el balance de nuestra vida.

Y de vuelta de esas vacaciones de su madurez, Thoreau escribe a petición de sus amigos el diario de «Walden»: un ensayo fresco y transparente como esas cuencas glaciales de Nueva Inglaterra, rico en la visión neta y prolija de la realidad. El mismo hombre que nos afirma muy seriamente que «un par de pantalones no se conforma a la anatomía de su dueño antes de los diez años de uso», y que vive de acuerdo con esa convicción, nos prueba con mil ejemplos ingeniosos que en un mundo fundado sobre el interés egoísta, todos nos robamos unos a otros—las energías, la libertad de hacer y de pensar de acuerdo con la personalidad que heredamos de la naturaleza.

El escritor debe pues, recogerse a su soledad interior antes de ensayar el Ensayo. Tarea de todos modos temeraria, porque el Ensayo es el pensamiento al desnudo, según diría el maestro, o como diría un moderno, es el rayo Roentgen que ha de mostrarle, o rico en substancia espiritual, o vacío como una cáscara de huevo de clueca infecunda...

Prefacio de los "Ensayos"

Este es un libro de buena fe, lector. Desde la entrada te advierte que no me he propuesto en él otro fin que no sea doméstico y privado; ninguna otra consideración he tenido en él de tu servicio ni de mi gloria, ni son mis fuerzas capaces para tal designio. Lo he consagrado a la comodidad particular de mis parientes y amigos; para que cuando me hayan perdido (lo que pronto se cumplirá) puedan hallar en él algunos rasgos de mis condiciones y humores, y por este medio hagan más entero y más vivo el conocimiento que han tenido de mí. Si tratara de buscar el favor del mundo, me hubiera adornado con bellezas prestadas; quiero que en él me vean en mi manera de ser sencilla, natural y ordinaria, sin estudio ni artificio, porque a quien pinto es a mí. Leeránse en él a lo vivo mis defectos, mis imperfecciones y mi forma ingenua, en cuanto la reverencia pública me lo ha permitido. Que si yo me hubiese hallado entre esas naciones que, según dicen, viven todavía en la dulce libertad de las primitivas leyes de la naturaleza, te aseguro que de buen grado me hubiera retratado de cuerpo entero y desnudo. Así, lector, yo mismo soy materia de mi libro, y no es razón que emplees tu vagar en asunto tan frívolo y vano; adiós, pues.

DE MONTAIGNE, hoy 1.º de Marzo de 1580.

Del arte de conversar

El ejercicio más fructuoso y natural de nuestra mente es, a mi modo de ver, la conversación. Su práctica me parece más dulce que ninguna otra acción de nuestra vida; y por esta razón, si ahora se me mandara elegir, antes consentirla, según creo, en perder la vista que el oído o el habla. Los atenienses y también los romanos hacían mucho honor a este ejercicio en sus academias; en nuestros días, los italianos conservan algunos vestigios, con gran provecho suyo, como se ve por la comparación de nuestros entendimientos con los de ellos. El estudio de los libros es un movimiento lánguido y débil, que no da calor; mientras que la plática enseña y ejercita al mismo tiempo. Si converso con un hombre de alma vigorosa y recio justador, me busca el costado, me ataca por la izquierda y por la derecha y lo que a él se le ocurre, a mí me estimula; los celos, la gloria, la rivalidad me impulsan y levantan sobre mí mismo; y la unidad de pareceres es cualidad totalmente fastidiosa en la conversación. Pero así como nuestro espíritu se fortifica en el trato con espíritus vigorosos y ordenados, no se puede decir cuánto se pierde y se bastardea con el continuo comercio y frecuentación que mantenemos con los espíritus bajos y enfermizos; no hay contagio que cunda como éste; por experiencia sé a cuánto va la vara. Me gusta discutir y calcular, pero con pocos hombres y para mi provecho, pues servir de espectáculo a los grandes y hacer a porfía ostentación de ingenio y de palabra, me parece oficio que no cuadra a un hombre de honor.

Defecto es la necesidad; pero no poder soportarlo y dejarse roer por ella, como a mí me ocurre, es otra suerte de enfermedad que no cede mucho a la necesidad en lo

importuna; y de ésto ahora quiero acusarme. Entro en conversación y en disputa con harta libertad y facilidad, tanto más cuanto que la opinión halla en mí terreno mal dispuesto para penetrar y echar hondas raíces; no hay proposición que me asombre, ni creencia que me lastime, por contrarias que de las mías fueren, ni hay fantasía tan frívola y extravagante que no me parezca adecuada a la manifestación del ingenio humano. Nosotros, que negamos a nuestro juicio el derecho de sentenciar, miramos muellemente las opiniones distintas, y si no les prestamos nuestro asentimiento, les damos oídos con facilidad. Si uno de los platillos de la balanza está vacío del todo, dejaré que el otro vacile bajo los sueños de una vieja; y me parecerá excusable aceptar más bien el número impar, y preferir el jueves al viernes; y que me gustan más doce o catorce, que trece a la mesa; y veré de mejor grado una liebre borderar mi camino que cruzarlo, cuando yo vaya de viaje; y daré a calzar antes el pie izquierdo que el derecho. Todos estos desvaríos que gozan de crédito entre nosotros, merecen siquiera ser escuchados; para mí no sobrepujan más que a la inanidad, pero la sobrepujan. Aun las opiniones vulgares y casuales son, en cuanto a peso, cosa distinta de nada en la naturaleza; y el que a ellas no se abandona, por ventura ha de caer en el vicio de la terquedad, queriendo evitar el de la superstición.

La contradicción en el juicio, no me ofende, pues, ni me altera; no hace más que despertarme y ejercitarme. Hufmos de que nos corrijan; y habríamos de buscarlo y procurarlo, sobre todo cuando haya de ser en forma de conversación, no de mandato. En cada oposición, no se repara en sí es justa, sino cómo se librará uno de ella, a tuertas o a derechas; en lugar de tenderle los brazos le alargamos las uñas. Yo consentiría a los amigos que me contradijeran ásperamente: «Eres un necio; estás soñando.» Entre personas de buen trato me gusta la valentía de la expresión y que las palabras lleguen hasta donde alcanza el pensamiento; es necesario que nos fortifiquemos el oído y lo endurezcamos contra la ternura del sonido ceremonioso de las palabras. Me gusta la compañía y familiaridad fuerte y viril, una amistad que se sienta halagada por la aspereza y el vigor de su comercio, como el amor con los mordiscos y sangrientos arañazos; nunca será cumplidamente vigorosa y generosa, si no es reñidora, si es civilizada y artista, si teme choques y se muestra como contenida: *Neque enim disputari sine reprehensione potest* (1). Cuando me llevan la contraria, se despierta mi atención, no mi cólera; me acerco al que me contradice, porque me instruye: la causa de la verdad debiera ser causa común de uno y otro. ¿Qué contestará él? La pasión de la ira le ha oscurecido ya el juicio; la turbación se ha apoderado de él adelantándose a la razón. Fuera inútil apostar para decidir nuestras contiendas; que hubiera una manifestación material de nuestras pérdidas, para que las lleváramos por cuenta, y mi criado pudiera decirme: «Cien escudos perdisteis el año pasado, en veinte veces, por vuestra ignorancia y terquedad.» Festejo y halago a la verdad, sean cualesquiera las manos en que la encuentre y a ella me rindo gozoso, entregándole mis armas vencidas, cuando la veo venir a lo lejos; y con tal que no me pongan una cara demasiado imperiosa y magistral, hallo placer en que me reprendan, y cedo a los acusadores muchas veces más por razón de cortesía que por causa de enmienda, pues me gusta gratificar y nutrir la libertad de que se me advierta, con la facilidad de ceder, sí, aún a mi costa.

... Debieran prohibirse y castigarse las disputas como otros tantos crímenes verbales. ¿Qué vicios no despertarán y amontonarán, puesto que la cólera las rige y or-

(1) Cicero.

dena? Sentimos enemistad primero contra los argumentos y después contra los hombres. No aprendemos a discutir sino con miras a la contradicción, y como cada cual contradice y se ve contradicho, ocurre que el fruto de la disputa es la pérdida y aniquilamiento de la verdad. Así Platón en su *República* prohíbe tal ejercicio a los entendimientos ineptos y mal nacidos. ¿Para qué habéis de emprender la investigación de lo que existe con quien no tiene resistencia ni ánimo para ello? Nada pierde un asunto cuando se le deja abandonado para ver cómo se ha de tratar; no digo el medio escolástico y artificioso, sino el medio natural y recto entender. ¿Qué ocurrirá? Uno va a oriente y otro a occidente; pierden lo principal y se desvían en la muchedumbre de lo incidental; al cabo de una hora de tormenta, no saben lo que buscan; uno tira muy bajo, otro muy alto y el otro de medio lado; quién se agarra a una frase y a un símil; quién, de puro entregado a su carrera, no oye lo que le arguyen y sólo piensa en seguir su pensamiento y no el del otro; quién, hallándose débil de riñones, todo lo teme, todo lo niega, revuelve y confunde las especies desde el comienzo, o, en la fuerza del debate, se empuera en callar, despechado en su ignorancia, y afecta un orgulloso desprecio o finge con estúpida modestia huir de la lucha. A éste, con tal de herir, no le importa quedarse descubierto; el otro va contando sus palabras y pesándolas como si fueran razones; aquel no emplea más que las ventajas de su voz y de sus pulmones; ved aquí uno que arguye contra sí mismo; y aquel de allá os deja sordos con prefacios y digresiones inútiles; éste más, se arma de puras injurias y le busca el pelo al huevo para deshacerse de la sociedad y conversación de un espíritu que pone al suyo en un aprieto; y el último nada de razón ve, pero os asedia en el recinto dialéctico de sus cláusulas y en las fórmulas de su arte.

... Pero sigamos adelante. ¿Qué mayor victoria podéis esperar que la de hacer ver a vuestro enemigo que no puede luchar con vosotros? Cuando vuestra proposición gana ventaja, quien gana es la verdad; cuando ganáis ventaja para el orden y la dirección, quien gana sois vosotros.

Echo de ver que en Platón y Jenofonte, Sócrates discute más en favor de los disputadores que en favor de la disputa misma; y para que Butídemo y Protágoras lleguen a conocer su impertinencia, más que la impertinencia de su arte, toma la primera materia con quien tiene un fin más útil que poner en claro, esto es, iluminar las mentes que maneja y ejercita.

La agitación y la caza son propiamente las piezas que cobramos; no hay excusa para nosotros si la conducimos torpe y neciamente. Lo de no alcanzar la presa, es cosa distinta; porque hemos nacido para ir en busca de la verdad, y el poseerla corresponde a otra potencia más grande. No está, como decía Demócrito, oculta en el fondo de las almas, sino más bien levantada a alturas infinitas en el conocimiento divino.

(Traducción de Enrique Díez Canedo).

Literatura y Capitalismo (1)

Al considerar y discutir a escritores sociólogos como Wells, Shaw y Keynes, aún no hemos mencionado siquiera lo que los literatos llaman literatura. Continuemos, pues, nuestro bastante circunspecto avance hacia los escritores de literatura «pura». Estudiemos por el momento, como el próximo escalón de nuestra ascensión, una generación más joven de escritores, que aun siendo todavía de espíritu sociológico, lo son en mucho menos grado que lo sean, por ejemplo, Wells o Shaw. Escogamos de entre esos escritores, más o menos arbitrariamente desde luego, pero también por parecer los más considerables, Proust, D. H. Lawrence y Aldous Huxley. En un sentido sería difícil encontrar tres escritores que tuviesen menos en común. Y, sin embargo, los tres reflejan, en una suerte de agonía, las características de la época en que viven. Cada uno de ellos diría, sin duda, que la suya es la agonía que todo hombre de percepción fina sintió siempre, desde Lucrecio hasta Pascal, cuando empezó a comprender la naturaleza y necesidades de la vida del hombre en el Universo. Y en un sentido nada es más cierto. Las condiciones de la vida del hombre han sido en todos los tiempos asunto de tragedia. La expresión de la visión trágica de la vida, aquel punto de vista que ha sido lo único que todos los grandes escritores de todas las edades tuvieran en común, es un esfuerzo para mejorar la suerte del hombre, no tratando de negar u ocultar lo que siempre fueran las insoportables necesidades de la existencia, sino ofreciéndonos el ejemplo y el consuelo de hombres desengañados haciendo frente consciente y estoicamente a la mala fortuna. Y cada uno de estos tres escritores modernos ha participado en dicha visión trágica.

¿Puede negarse, sin embargo, que haya en su pesimismo otras facetas? En tanto que grandes escritores, participan en la trágica tradición de la especie. ¿Pero no sentimos todos que cada uno de ellos es sólo parcialmente un gran escritor? Hombres que poseen cualidades no inferiores a las de los escritores representativos de otras épocas y, no obstante, ¿no hay que poner una interrogación después de sus nombres? ¿No hay algo dudoso, algo mezclado, en su obra? ¿Y no depende esto, examinándolo más de cerca, de la naturaleza misma del material sobre el que tuvieron que trabajar? Ya que todo escritor, por mucho que sobre ello le guste engañarse, no trabaja con más material que el que le ofrece la vida de su época. Y cuando, como en el caso de los tres escritores en cuestión, su obra consiste en un comentario sobre la sociedad de su tiempo, ya en forma de novela, o, aún más directamente, en forma de ensayos, no hay duda de que es ociosa toda discusión sobre este punto.

Proust es, de estos tres escritores, el que ha realizado una obra más completa, siendo precisamente en su caso en el que las necesidades sociales de tiempo y lugar de su vida desempeñaron el papel más importante. Pues la enorme obra de Proust, a más de ser otras muchas cosas, es, sin disputa, la *Odisea* del esnobismo. En un sentido es, además, la prueba decisiva del carácter absolutamente necesario y loable del esnobismo en una sociedad de clases; es la justificación de elevar hasta el nivel de una de las grandes pasiones primarias de la Humanidad el impulso por triunfar en sociedad. Proust demuestra que para un burgués francés, que murió en la tercera década del siglo XX, el esnobismo era un deber elemental.

La pesquisa infinitamente sutil y casi inacabable de Proust en busca de cómo

(1) Extracto de la obra «La lucha por el poder». Editorial España, Madrid, 1934.

gastó su vida, descubre que en último término la invirtió en esta única actividad: alcanzar éxito en sociedad. Y deduce que, en conjunto, ha sido una vida bien invertida. Para el muchacho de *Du Côté de chez Swann*, no había otro modo de vivir intensa y completamente, de experimentar todo lo que la vida ofrecía en aquel tiempo y lugar, que entrando con éxito en aquel «gran mundo», que sí, a primera vista, parecía representado por Swann, resultó luego tener, como las cajas de laca chinas, tantos rangos, uno dentro de otro, tan numerosos distingos, falsos y auténticos, tan tantalescos falsos horizontes e inesperados rincones, que se necesitaba una vida entera para poder explorarlo. Y sí, al final, toda esta exploración resultara haber sido inútil; sí, al llegar al último arcano, sus habitantes mostrarán ser, no las mágicamente exquisitas y deliciosas personas imaginadas, sino tan duras, crueles, rudas y *lâches* como cualesquiera otras; si la duquesa de Guermantes no podía consagrar un momento de atención al hecho de que su querido amigo Swann estuviera moribundo, porque se le hacía tarde para un baile, esto no significaba que se hubiera podido obtener mejores resultados dedicando la vida a cualquier otro objeto. Si todas estas «gentes de mundo», a las que se nos muestra primero con una apariencia tan aparentemente deseable van siendo luego despojadas muy poco a poco por la suave, pero inexorable, mano del narrador de todo elemento de belleza, encanto o ingenio, más aún, de las más elementales decencias humanas; si Odette de Crecy, desde ser un ángel, que puede iluminar todo un parque con su belleza, viene a resultar arquetipo de todas las estúpidas, ambiciosas *demi-mondaines*; si madame de Villeparisis, desde parecer la más deliciosa de las grandes damas, viene a descubrirse, primero, que no es siquiera elegante—pues cae en el pecado de publicar sus Memorias—y acaba en una horrosa vieja banal, con toda la cara llena de eczema; si la aristocracia resulta no ser, ni mucho menos, el inalcanzable pináculo que un tiempo parecía; si la archiburguesa madame Verdurin se convierte bruscamente en una archiaristócrata y princesa de Guermantes; si al esnobismo de Proust no le deja un momento de paz su implacable inteligencia, que saca a relucir con acerbía y *masoquista* complacencia toda la vulgaridad y bajeza de los valores, en cuyo derredor invirtió toda una vida, explorándolos primero y luego exponiéndolos, eso no quiere decir que hubiera otra cosa que hacer con su vida que no fuera eso: explorar y exponer. Consagrándola a su pasión por la «sociedad», habla conseguido, por lo menos, penetrar en lo que presumiblemente era el punto más alto y más educado de la sociedad en la nación más profundamente civilizada de la tierra.

De este modo, el descubrimiento de que todo aquel refinamiento y cultura eran pura farsa le dió, por lo menos, la seguridad de que en ninguna otra parte existía nada mejor. El lamento que se alza de entre las frases finales de la obra de Proust es el responso de una sociedad que va en el camino de su disolución. Recordamos aquel pasaje de *Le Temps Retrouvé* en el que Proust encuentra de nuevo a los personajes de su obra después del intervalo de la guerra. Tiene un momento la ilusión de que aquella experiencia puede haberles mejorado para descubrir que, por el contrario, los ha hecho a todos peores que no mejores, más estrechos, más egoístas, menos humanos. Proust reza, en realidad, una larga, agonizante, misa de requiem sobre la más alta expresión de la vida humana de que fuera capaz la sociedad burguesa francesa bajo la Tercera República.

El escritor americano Edmundo Wilson, a cuya penetrante obra de crítica *Axel's Castle* hemos de estar, como todo estudiante de la vida mental de nuestros días, muy reconocidos, resume la obra de Proust en las elocuentes palabras siguientes:

«Imaginativa e intelectualmente, Proust es prodigiosamente fuerte; y si notamos en su obra un elemento de decadencia, puede deberse en principio a la decadencia

de la sociedad en que vivió—y de la que trata exclusivamente su novela,—la sociedad de la nobleza expropiada y de la culta y elegante burguesía, con sus médicos y sus artistas, sus servidores y sus parásitos. Con Proust sentimos siempre como si estuviéramos leyendo sobre el fin de algo; lo cual parece, en realidad, lo que él se proponía que sintiéramos; recuérdese todo lo implicado en el bombardeo de París durante la guerra, cuando Charlus se encuentra en las últimas fases de su desintegración. No es sólo su héroe y la mayor parte de sus demás personajes los que entran en una mortal decadencia, sino su propio mundo parece estar llegando a su fin. Y es posible que la extraña poesía de Proust, su brillantez, sean las postreras luminarias de un sol que se pone, el último resplandor del idealismo estético de las clases educadas del siglo XIX. Si Proust es más dramático, más completo y más intenso que Thackeray o Chejov, Edith Wharton o Anatole France, puede que se deba a que aparece al final de una era y resume la entera situación. Quizás es Proust el último historiador de los amores, la sociedad, la inteligencia, la diplomacia, la literatura y el arte de la *Heartbreak House* de la cultura capitalista y aquel hombrecito de la triste voz implorante, con su espíritu de metafísico, el perfil judaico, la camisa de etiqueta mal ajustada y los grandes ojos que parecen verlo todo en su derredor, como los ojos de mil facetas de una mosca, domina la escena y hace de anfitrión en la casa de la que no será dueño mucho tiempo.»

No hay contraste que pudiera parecer más profundo ni que pudiera resultar más superficial que el existente entre Proust y el novelista inglés D. H. Lawrence. Lawrence fué el único escritor vital y abundante que produjo Inglaterra después de la guerra, el único hombre que escribía aún como si supiera que escribir valía la pena. Sufrió, sin embargo, en el más intenso grado, y tanto como escritor como personalmente, de la naturaleza del ambiente que le rodeara. Lawrence era, por su nacimiento, un obrero, hijo de un minero del condado de Nottingham, un hombre del corazón mismo de Inglaterra, perteneciente a aquella parte de la clase trabajadora inglesa que en mayor grado ha conseguido mantener una vida propia. Lawrence no se interesó conscientemente en la política, por lo menos, hasta los últimos días de su vida. Le parecía que no tenía tiempo que dedicarle. No conocía, a lo que parece, más política que la de los partidos ingleses, y su mirada penetrante vió a la primera ojeada cuánto había detrás de sus apariencias. En cambio, se interesaba extraordinariamente, y tanto consciente como inconscientemente, en las clases sociales y las relaciones entre ellas, tema que aparece una y otra vez en sus novelas. Un trabajador joven, vigoroso, con poca conciencia de sí mismo, se encuentra de pronto en la sociedad de las clases directoras y tiene una aventura amorosa con una señora de la aristocracia, que hasta entonces no sintiera despiertos sus deseos por hombres de su propia clase. *La Vara de Aarón* y *El espectro*, una de las mejores novelas cortas, tratan de este tema, que aparece de nuevo en su cuento póstumo, *El hombre que murió*, en el que el héroe, proletario, es de oficio carpintero. Su más clara expresión la hallamos en aquella curiosa novela, tan parecida a un panfleto, *El amante de lady Chatterley*. En esta última el marido de la clase directora es real y simbólicamente un impotente, tullido por la guerra. El héroe proletario es, naturalmente, el mismo Lawrence.

He aquí cómo vemos después de todo que la imaginación de Lawrence corre en la misma dirección que la de Proust. También Lawrence, sino en persona, en el mundo de su fantasía, escaló las alturas de la sociedad contemporánea para ver si por casualidad había en la cumbre algo viviente. Y Lawrence vuelve también con la noticia de que no hay nada. El burgués francés medio judío y el minero de Nottingham hi-

cieron la misma peregrinación, ambos fueron *du côté de chez Swann* y *du côté de Guermantes* y, en un sentido, tuvieron, sin duda, razón. Si se rechaza la política, si, como los filósofos, se rechaza la sugestión de cambiar de vida, si se busca sólo explicarla, lo mejor que se puede hacer es buscar lo más alto, y presumiblemente lo mejor en la antigua sociedad. Mas, tanto Proust como Lawrence, tuvieron la desgracia de ver cumplidos sus ideales sociales. En realidad, era inevitable. Nacieron fuera de tiempo, demasiado pronto para haber abandonado las ideas sociales aún existentes, demasiado tarde para ver esos ideales en un estado de momificación que pudiera satisfacerles.

En una de sus novelas cortas tiene Lawrence un pasaje en el que describe admirablemente la degeneración en calidad de las antiguas clases gobernantes inglesas: como los hombres ilustrados, bien educados, sesudos y cuidadosos—aunque, claro es, implacables,—del tipo de Mr. Asquith, fueron suplantados en 1916 por un tipo más zafio de grandes filisteos comerciantes, representados por Mr. Lloyd George. Vió muy bien que la guerra había obligado al capitalismo británico a echar mano de métodos que rebajaron el nivel entero de aquella misma civilización que él había creado. Lo vió endureciéndose, abaratándose, marchar sin titubear en los años que siguieron a la guerra. El espectáculo le repugnaba y acabó por matarle. Parece, en cierto modo, que no se le ocurrió ni aun la posibilidad de una alternativa. La única que vela era el Partido Laborista, al que rechazó al punto razonablemente, como un artificio para —digámoslo como él lo diría—castrar a su propia clase. De una manera semiconsciente creía en la victoria de los trabajadores. Con su tema recurrente de la salvación de la mujer encantadora de la clase gobernante por un obrero, que a un tiempo la rapta y rescata, sus novelas, si se gusta de leerlas así, son, en realidad, mitos de la sociedad rediviva del trabajador joven, como sólo los obreros son verdaderamente capaces de fraguar. Toda la obra de Lawrence debe a este tema su incomparable vitalidad. Aunque en cierto modo nunca llegara a aparecer en lo consciente y así Lawrence, en vez de permanecer fuera de la sociedad capitalista, sacando de su decadencia energías y seguridad, se encontró, sin poder desembarazarse, envuelto en aquella misma decadencia. De ahí su agonía, sus torturadas incursiones en una suerte de extraño misticismo sexual, después de todo, más bien de aficionado; de ahí el terrible sentido de frustración que a veces ensombrece hasta su pasión incomparable.

Existe entre Aldous Huxley y Lawrence un gran contraste, mucho más profundo que el que separaba a Lawrence de Proust. Huxley ha ganado su posición en la literatura inglesa, más que por ningunas dotes de imaginación intuitiva, por su erudición, su ingenio y el poder de su inteligencia. La gran ventaja de Huxley es verse libre de aquella tara de provincialismo que mancha la obra de tantos de los más eminentes escritores ingleses. Se encuentra como en su casa en medio de la civilización europea y dispone de todo el conjunto, nada despreciable, de cultura que la clase capitalista europea ha acumulado para sí durante el período de su dominación.

Nada más natural que fuera un Huxley, miembro de una de aquellas principales familias de la clase inglesa, que formaron y forman aún uno de los principales pilares del sistema capitalista británico, el que describiera más conscientemente su período final. ¡Y qué gran descripción! En una serie de novelas y ensayos, Huxley alarga los largos, delicados, investigadores dedos de su análisis por todos los rincones de la vida de la sociedad capitalista. Sus hallazgos son siempre los mismos. Vaya donde le parezca, «haga lo que quiera», nunca podrá escapar al olor de basura y putrefacción. A lo que creemos, Huxley negaría que ésto tenga nada que ver con las características del sistema económico actual, él cree que sea característico de la vida humana misma. Y desde luego, que nadie niega que una parte del horror de la vida—y parte

de su alegría también—le sean consustanciales, independientes de cualquier sistema social.

Por otra parte, es fácil de demostrar que muchas de las características de la vida, que particularmente hacen a Huxley recurrir a su ya casi automático gesto de taparse las narices, son producto directo de la fase específica de la civilización capitalista en que vive. Tomemos su última obra, una utopía titulada *Intrépido Nuevo Mundo*, aunque no sea comparable en importancia con muchos de sus anteriores escritos. Los libros sobre el futuro nos explican, sin embargo, generalmente no poco de las opiniones de sus autores sobre el presente. So capa de fantasía científica pueden expresar, en parte sin duda inconscientemente, lo que realmente piensan sobre la vida tal como existe ahora en este mundo. En *Intrépido Nuevo Mundo* aparece naturalmente el héroe típico de Huxley y no es más difícil identificar a Bernard Marx, el solitario intelectual, físicamente inferior que a Philip, el hombre de casino de *Punto contra Punto*, o que a cualquiera de aquellos innumerables pequeños proletarios oscuros que amorosamente pululan en las obras de D. H. Lawrence. —No que estos autorretratos sean idénticos a sus autores; a menudo son caricaturas, con frecuencia están idealizados.— Pero lo más significativo son las desdichas de Bernard en Utopía, pues son simplemente las que acechan a un intelectual típico en la Europa de 1932. *Intrépido Nuevo Mundo* señala el punto en el que los utopistas mismos se vuelven pesimistas. (1)

Es instructivo comparar el último libro de Huxley, por ejemplo, con una de las Utopías de Mr. Wells, como *Hombres, remedo de los Dioses*. El primero es mucho más hábil sabihondo, envenenado de modernidad, y hace a Wells parecer muy ingenuo. Pero, en realidad, ¿es mucho más objetivo, más consecuente consigo mismo o menos completamente proyección de las reacciones subjetivas del autor ante la vida actual? ¿Es que el supuesto de Huxley de que la ciencia vaya a producir un mundo de pesadilla descansa en un examen más prolijo de los factores que determinan la naturaleza de la vida, en una comunidad que la fe de Wells en que la misma ciencia nos hará como dioses? ¿Por qué no hay, por ejemplo, en *Intrépido Nuevo Mundo* la menor indicación de quién sean propiedad los gigantes medios de producción creados? Una pregunta semejante le parecerá, sin duda, infantil a Mr. Huxley, que diría que para la fecha de su Utopía toda la cuestión de la propiedad habría desaparecido mucho antes. Los trabajadores, como él indica, han sido degradados por cuidadosas deformaciones prenatales hasta un estado psicológico adecuado exactamente al desempeño de trabajos serviles. Perfectamente; pero, entonces, ¿por qué se nos presenta un caso que sólo podría darse en una sociedad basada en la obtención de beneficios, derivada de la propiedad de los medios de producción? Se nos dice que uno de los principales deberes de los ciudadanos del Estado universal es la consumición obligatoria. Se nos informa, por ejemplo, del deber de tirar los trajes usados, apenas se los usa, y de la pecaninosidad del remendar. Deberes éstos que se inculcan hipnóticamente a todos los ciudadanos. Y aún a los niños se les anima a no jugar más que juegos que requieran aparatos complicados y costosos, ya que la «prosperidad» de la industria depende de que se mantenga alto el nivel de consumición.

Si los ingresos de las clases directoras dependiesen, como en la actualidad, de un beneficio derivado de la propiedad de los instrumentos de producción, sería enteramente lógico en ellas tratar de inculcar tales doctrinas. Pero en *Intrépido Nuevo Mundo*

(1) Algunos años antes de la obra de Huxley apareció una utopía pesimista muy bien elaborada, con el título «La interrogación», original de Miss Jaeger. Seguía el mismo tema central, es decir, la división de la humanidad en castas de límites muy acusados.

no hay indicación de que sea tal el caso. A los «Alfas», como se llama a la clase gobernante, se les representa como obreros asalariados. Y Huxley tiene perfecta razón al suponer que en un Estado universal tiene que desaparecer el concepto beneficios. Las clases gobernantes—estamos suponiendo, en contra enteramente de la realidad, que una clase gobernante pudiera mantener una tal situación—se apropiarán aquella riqueza que bien les pareciera. Pero de ser esto así, ¿qué imaginable ventaja podrían obtener de la innecesaria consumición por los obreros de grados inferiores, que implicarían innecesaria producción? Es evidente que Huxley ha tomado aquí simplemente una de las características de la organización particular de la producción mecánica en que vive y la ha aplicado a la producción mecánica en general.

Hay en *Intrépido Nuevo Mundo* otra contradicción igualmente significativa. Se pretende que creamos en la producción de grandes masas de obreros inferiores, a los que se ha dotado cuidadosamente de medias, tercios y cuartos de inteligencia, los llamados «Gammás», «Deltas» e «Ipsitous», para realizar los necesarios trabajos manuales. Pero en el nivel de conocimientos científicos que Huxley pinta, la necesidad de nada semejante a toda esa cantidad de trabajo manual hubiera desaparecido mucho antes. Hubiera sido mucho más económico producir para todas estas labores autómatas mecánicos que no criar, por el complicado y costoso método que se describe, estos obreros preparados prenatalmente—o, siguiendo la terminología de Huxley, pre «decantalmente»—que tan deleznable resultan. Claro que, en esto también, lo que Huxley realmente piensa es en la deformación mental y física que el capitalismo perpetra ahora mismo con sus obreros manuales. Y de haberlo dicho así, y mostrado que, bajo el capitalismo, ningún grado de progreso científico mejoraría este estado de cosas, sino más bien tendería a empeorarlo, hubiera escrito un libro claro y valioso. Pero es que para Huxley no es la ciencia, en manos de la clase que obtiene los beneficios, la que deforma los cuerpos y las mentes de los obreros, sino la ciencia en general, ya que no ha concebido jamás la posibilidad de otra forma de sociedad. Jamás se paró a pensar en qué maneras y hasta qué punto da forma al carácter de la vida misma el método particular adoptado para organizar la producción social que le es indispensable.

Mas como Huxley es una generación más joven que Wells y no puede, posiblemente, compartir su obstinado, aunque ya algo desdibujado optimismo acerca de los efectos del desarrollo de los conocimientos científicos bajo el actual orden social; como no puede cerrar los ojos a la, cada vez más aguda, contradicción existente entre la ciencia moderna y un sistema social fundado en la propiedad privada de los medios de producción; y como, finalmente, no puede imaginar una sociedad sin clases, llega a la conclusión de que la contradicción se resolverá por una suerte de lotería de la propiedad de los medios de producción, no entre todos los miembros de la comunidad, sino sólo entre los de las clases directoras.—En un capítulo ulterior estudiaremos esta concepción y mostraremos su carácter inherentemente contradictorio.—No deja, sin embargo, Huxley de ver las consecuencias de la actual apropiación y consiguiente distorsión de la ciencia por una sola clase y se da cuenta de cuán odioso es el mundo que resulta. De ahí su creciente pesimismo; de ahí su tendencia, que aumentará sin duda, a unirse a los anticientíficos, a los destructores de máquinas. *Intrépido Nuevo Mundo* es, en efecto, un panfleto anticientífico. Toda su influencia ha de consistir en hacer a la gente creer que si es ahí adonde conduce la ciencia, mejor será suprimirla.—Se siente uno inclinado a desear que estas tendencias anticientíficas lleguen a predominar en los grandes Estados capitalistas; que llegasen a seguir el consejo de *Nature*, e imitando a los habitantes de Erewhon, destruyesen su maqui-

naría. Ya que el equilibrio de poderes se inclinaría entonces con rapidez en favor de la potencia científica siempre creciente de la sexta parte comunista del globo. Es de temer, sin embargo, que el capitalismo conservará siempre su inclinación por una ciencia al menos, la ciencia de la guerra.

Estos tres escritores muestran todos, por lo menos, una característica común. Todos tienen una visión trágica de la vida. Herederos de la gran tradición de la literatura no se dejan engañar sobre las realidades de la situación del hombre en el Universo. Y, sin embargo, como ya hemos hecho notar antes, el lector no puede dejar de sentir que en su pesimismo entra algún otro elemento mucho menos digno de consideración, descubre en su actitud frente a la vida algo febril y, cuando peor, algo mezquino. Parece como si hubiera en el cuadro de la vida que ellos trazan cierto elemento de confusión, inconscientemente engañoso. Elemento que, como hemos sugerido, proviene de que todos ellos confunden las inevitables tragedias de la existencia humana en general con aquellas enteramente evitables, aunque en la actualidad más crecientes y profundas cada vez, particulares a un determinado sistema social en un período de decadencia. No hacen el menor esfuerzo para poner de manifiesto que las actuales frustraciones, deformaciones y horribles agonías del hombre se deben a que los más de entre ellos viven aún bajo el decadente capitalismo del siglo xx. No es esto solo, pues con tal supresión lo que, en efecto, preconizan es que males que serían perfectamente curables con un cambio en el carácter de la sociedad, son el duro e inexorable destino del hombre, contra el que es inútil rebelarse, y así sirven muy bien para los fines de la clase gobernante. Tal es la razón de aquel elemento de inferioridad que todos percibimos en ellos, comparándolos con los escritores de la vigorosa juventud y plena madurez del capitalismo, a despecho de sus grandes inteligencias, realmente superiores en muchos aspectos. Como no saben desenredarse de la sociedad actual y como tampoco son capaces de quedarse fuera de ella, concibiendo nuevas bases para la vida humana, quedan, inevitablemente, infectados por el ambiente de putrefacción que les rodea. (1)

La otra gran figura de las letras contemporáneas es James Joyce. Joyce es sin duda un gran poeta, cuyas dotes se estimarían preciosas en ésta y en cualquier otra época. La obra de Joyce sigue siendo memorable y nos parece que lo seguirá siendo siempre. Señala con piedra blanca el final de aquella vasta literatura en inglés que fué el principal triunfo de las gentes que lo hablaron durante los cinco siglos últimos, tan adecuadamente como la novela de Proust marca el fin de la correspondiente tradición francesa. Porque es que *Ulysses* no es sólo una especie de sumario de la literatura inglesa—contiene imitaciones conscientes de casi todos los principales estilos de prosa inglesa,—sino que es también la antítesis del espíritu de las letras británicas. Marca el fin del lirismo en poesía y de las afirmaciones claras, simples y lógicas en prosa, y tiene las mismas cualidades sintéticas de escolasticismo de los grandes medievalistas. Su manera de divertirse con los métodos de todos los autores anteriores, el plan mismo del propio *Ulysses*, con su increíblemente minucioso paralelismo con Homero y, sobre todo, el uso real de criptogramas en su obra posterior, como cuando teje los nombres de quinientos ríos en su *Anna Livia Plurabelle*, recuerdan

(1) Observa Lenin que Tolstoy debe su enorme talla en literatura al hecho de que, aun sin tener idea de otra sociedad cualquiera, aun buscando desesperado e inútilmente la base para esa sociedad nueva entre los campesinos, negóse siempre, hasta el último momento, a aceptar en modo alguno, teórica o prácticamente, la vida existente en su tiempo, y siempre se mantuvo aparte de ella. De los tres escritores que hemos estudiado, sólo a Lawrence podrían aplicarse estas palabras, y eso en un grado más limitado.

irresistiblemente a los medievalistas, y más aún a los bizantinos. Todo lo cual no tiene absolutamente nada que ver con la tradición de los grandes escritores de la época del capitalismo seguro de sí mismo. La obra de Joyce señala indeleblemente el agotamiento de todo un orden de posibilidades. Decir esto es, naturalmente, alabarla, que no menospreciarla. Precisamente, el hecho de que Joyce se haya dado cuenta, quizás más claramente que ningún otro, de la extrema inutilidad, de la imposibilidad estética de seguir escribiendo de la manera antigua, es lo que hace de él la figura extraordinariamente significativa que es. Y su maravilloso triunfo estriba en que ha conseguido abrir un nuevo territorio en el que aún pueden reinar la literatura y la poesía. No hay método mejor, en realidad no hay otro alguno que pueda decirnos tanto sobre las infinitamente complejas y, hasta ahora, inclasificables interdependencias de la existencia humana, que el método poético descubierto por Joyce en *Ulysses*, único que puede darnos los acontecimientos culminantes, infinitamente entremezclados de unas cuantas vidas humanas en sólo veinticuatro horas. Por esta vez, al menos, y en un aspecto particular, ha conseguido hacer buena la antigua pretensión de la literatura de ser el método supremo para enriquecer nuestro conocimiento del mundo exterior. Joyce es, en este sentido, y a despecho de los extremos bizantinos de sus obras posteriores, mucho menos de un fin y más de un comienzo de Proust. Pero si su obra es un principio tanto como un fin, es el comienzo de algo que tiene poquísimos o nada que ver con la cultura de los últimos quinientos años de Europa.

A la *Recherche du Temps Perdu* y *Ulysses* se elevan, como enormes hitos, marcando el fin de una larga tradición, cerrando el antiguo camino y señalando, no con mucha seguridad, en alguna nueva dirección. De ser posible que aún aparezca otra gran obra en la antigua tradición, en la literatura clásica de la clase capitalista, tiene que venir de América. (1)

(1) A este respecto sería tentador discutir la obra de Faulkner, el joven novelista de los Estados Americanos del Sur. Su notable libro «Santuario» pinta un estado de violenta descomposición social, una suerte de podredumbre desarrollada antes de haberse alcanzado la madurez, que nos hace darnos cuenta, mucho más rápidamente que cualquier otro libro de nuestro tiempo, cuán relativamente corta ha de ser, verosíblemente, la plenitud del capitalismo americano. Se suelta el libro de Faulkner con la convicción de que este estado de cosas es ya los prolegómenos del comunismo. Naturalmente, la actitud del propio Faulkner es completamente apolítica y le obsesiona simplemente el intolerable horror de lo que ocurre. En un sentido político es el equivalente americano de Dostoiévsky, bien que desde el punto de vista literario la comparación resulta un poco absurda, a pesar de las grandes condiciones de Faulkner. ¿Tendrá alguna vez tiempo la clase capitalista americana para encontrar autores que expresen las trágicas contradicciones del actual período de la República, que no son menos grandiosas en escala que las de la Rusia del siglo XIX, con la adecuación de los grandes autores rusos?

En Inglaterra hay mucha menor probabilidad de cualquier obra en gran escala. De hecho, el mejor retrato — y en muchos aspectos el más parecido — de la sociedad inglesa actual, escrito por un autor capaz, como Faulkner, de sentirse conernado por el ambiente que le rodea, se ha de hallar aún en los dos libros humorísticos de Evelyn Waugh: «Decadencia y caída» y «Cuervos viles». Después de escribir estos dos libros, Waugh no tenía evidentemente más que tres alternativas para escoger. Podía suicidarse, hacerse comunista o emparedarse dentro de la Iglesia católica. Escogió la última alternativa, la más fácil. Sin embargo, cuando llegamos a considerar estos jóvenes escritores, nuestra selección de ejemplos resulta casi absolutamente arbitraria.

Informe sobre el Premio Literario de la Municipalidad de Santiago, 1935

San Bernardo, 20 de Mayo de 1936.

Señor Presidente de la Sociedad de Escritores de Chile.—Santiago.

Distinguido colega y amigo:

Si bien el Directorio de nuestra Sociedad no me impuso condiciones ni me señaló premisas, al confiarme la misión de integrar el jurado que debería otorgar los Premios Municipales de 1935, sino que me dejó en libertad de atenerme a mi opinión y a los dictados de mi conciencia, como era lo natural, puesto que debería actuar como juez, creo necesario informar a Ud., y por su intermedio al Directorio, sobre las consideraciones que se tuvieron en vista dentro del jurado en la asignación de los tres premios del programa, porque es una buena práctica que, en todo caso, el mandatario dé razón de su cometido a su mandante.

Si alguien pudiera poner en duda la eficacia de los premios en dinero como estímulo de la producción literaria, el buen éxito progresivo de los instituidos por la Ilustre Municipalidad de Santiago viene a ser una respuesta rotunda. No faltará algún pseudo-puritano que proteste, en nombre de la excelsitud del arte: «El artista, dirá, no necesita de un acicate material cualquiera, porque realiza su obra por encima de lo vulgar y de lo cotidiano.» Muy bueno para dicho, pero la triste realidad es otra: junto al artista suele ubicarse frecuentemente la Pereza, sobre todo si se aísla. Para que su cerebro privilegiado dé sus frutos, necesita vivir en un ambiente de emulaciones y de lucha. A crear este ambiente contribuyen en una forma apreciable las justas en que hay un galardón valioso y que tienen cierta resonancia.

Este buen éxito progresivo de los Premios Municipales es algo evidente. Así el jurado a quien le correspondió este año fallar sobre la producción literaria de 1935, se encontró, en el capítulo de las novelas solamente, con siete obras de un valor positivo, entre las dieciséis que concursaron; ellas son: *On Panta* por Mariano Latorre, *La Chica del Crillón* por Joaquín Edwards Bello, *La mala estrella de Perucho González* por Alberto Romero, *Imaginero de la Infancia* por Lautaro García, *Hombres* por Eugenio González, *La fábrica* por Carlos Sepúlveda Leyton y *Ruta de sangre* por Salvador Reyes. Estas siete novelas podrán tener este o el otro defecto, pero todas nacieron armadas de cualidades tan reales que, para ser justos, cada una de ellas es digna de un estímulo. Y la diferencia de calidad entre ellas es de tan poca monta, que el jurado debió realizar una labor minuciosa y ponderativa para poder determinar a cual debería otorgársele el premio. Se llegó hasta pensar en dividirlo, pero se concluyó por estimar que convenía mantener íntegra la cuantía de los premios, para que constituyan siempre un aliciente de cierta importancia. Y si, al fin, el fallo favoreció a Mariano Latorre, se debió a una consideración respecto a la cual es útil dejar expresa constancia: estimó el jurado que este escritor había llegado en su última producción a una mayor eutimia de estilo, lo que probaba en él constancia, esmero y amor por su arte. Un progreso en este sentido con relación a sus obras anteriores fué para el jurado algo indiscutible, y aunque en ello descollara en pequeño grado sobre los demás concurrentes, se le conceptuó suficiente para hacerlo acreedor a este preciado lauro.

Pero antes de llegar a un veredicto, se debió establecer si el libro presentado por este escritor entraba dentro de las bases, porque no había faltado quien lo estimara

como una «colección de cuentos». Estimó el jurado que se trataba, sin discusión, de dos novelas cortas publicadas en un volumen, y que hay una diferencia marcada entre la novela corta y el cuento. Además, uno de los miembros del jurado hizo ver, y no le faltaba razón, que hay unidad entre esas dos novelas cortas, y vienen a constituir de hecho una sola novela, por tratarse de personajes de un mismo medio y de la misma región que obedecían a una idea central: cómo lo áspero y árido de una comarca se reflejan en el alma de los que la habitan. Pero también cada una considerada separadamente estaba dentro de las bases, porque éstas no indican la extensión de la novela, así que tanto podía ser tomada en cuenta una de 50 páginas como otra de 300.

En lo que respecta a las *Obras teatrales*, tres merecieron un estudio atento del jurado: *Rigoberto* por Armando Mook, *El puerto de la soledad* por M. Arellano Marín y *La Quintrala* por Magdalena Petit. Se reconoció a las tres méritos positivos, y no hubo acuerdo en la asignación del primer lugar. Pesó, al fin, en favor de Armando Mook la constante labor realizada por este escritor, durante más de veinte años, en el género teatral, lo que le ha permitido triunfar en su país, así como en la Argentina y Uruguay.

En el género *Poesía* sí que no hubo titubeos por parte del jurado. Se podría aplicar a los versos de Julio Barrenechea la frase tan manoseada y siempre justa: «Ha vaciado el vino viejo en odres nuevos». Fiel a la tradición del verso castellano, en lo que se refiere a ritmo, métrica, rima y lógica, ha dado una completa sensación de novedad mediante el uso inteligente de comparaciones e imágenes. Cristalinos como el agua que surge de la tierra, hay también en sus versos hondura y el sello de lo que nace para no morir. Las letras nacionales se enriquecen con un nuevo y gran poeta, y es a la Sociedad de Escritores, junto con la Municipalidad metropolitana y la Academia de la Lengua, a las que les ha correspondido darle el primer espaldarazo de Caballero del Arte y del Ensueño.

Debo concluir asegurando al Directorio que me honró con su confianza, que procuré, en este caso, hacer abstracción de toda consideración tanto de compañerismo o de amistad como de malquerencia o de antipatía, para contribuir a que se otorgaran los premios a quienes realmente lo merecían. Mi conciencia me dice que ésto se obtuvo. Además, los agraciados son escritores de indiscutible mérito y de un pasado literario suficiente para que el triunfo que lograron no haya constituido una sorpresa para nadie. Si, por mi parte, me hubiera equivocado, ello se debería antes a mi pobreza de ponderación o de juicio, que a falta de voluntad para ser justo. Por lo demás, no ha nacido todavía el hombre infalible.

Saluda a Ud. atentamente.—JANUARIO ESPINOSA.

Una conversación con Luis Franco

Durante los primeros días del mes de Abril ha sido nuestro huésped el poeta y escritor argentino Luis Franco, tan apreciado dentro y fuera de su país por la calidad excepcional de su obra, que comprende libros como *La Flauta de Caña*, *Los Hijos del Llastay*, *El Gay Vivir*, *Coplas de pueblo*, *América Inicial*, *Nuevo Mundo*, *Los Trabajos y los Días*, *Nocturnos*, *El General Paz* y *los dos caudillajes*.

Don Luis Franco por ser nativo de una región andina, la provincia de Catamarca, que tantos puntos de semejanza ofrece con el norte chileno, se ha sentido entre nosotros como en su propia casa.

La conversación siguiente que uno de nuestros compañeros ha sostenido con el joven poeta días antes de su regreso, es una clara muestra de ello y por eso la reproducimos.

A nuestra pregunta inicial sobre el motivo de su viaje, Franco nos responde:

—Al de conocer siquiera de vista a Chile. Pero, ante todo, para lograr una impresión directa de su realidad social y política.

—Entiendo que su vocación y su labor son principalmente poéticas.

—Es verdad; más desde algún tiempo mi preocupación por el problema social en su conjunto, es absorbente. Y en esto no hay contradicción. Creo que la más vieja falla de la concepción del arte está en considerarlo implícitamente como un ornato o un pasatiempo.

—Más o menos, es lo que ha ocurrido en toda época.

—Pero el arte es un ingrediente esencial en esa síntesis que es la cultura. Recuerde Ud. aquello de Sarmiento: «El arte es la realización del hombre». La intuición le permitió entrever a Sarmiento que el arte no era ni una manifestación de lo Absoluto como creen los místicos, ni un deporte o sonajero como piensan algunos filósofos.

—¿Cree Ud. en la posibilidad de un arte nuevo?

—Pienso que el arte tiene que ser irrefragablemente expresión de sentimientos universales—«cosas de fundamento», dice Martín Fierro,—o sea de aquéllos en que comulgan todos los hombres. El arte de las minorías selectas o deshumanizado, digamos, el arte contemporáneo, se debate en el vacío. En una sociedad erigida sobre la explotación y servidumbre cada vez más evidente de la casi totalidad de los hombres, el arte estaba condenado a eso, a volverse un elegante artificio. Ahora bien, una nueva relación, consigo mismo y con lo que le rodea, una nueva experiencia vital, es lo único que puede engendrar un arte nuevo, verdadero, es decir, para todos los hombres.

—Pero ello implica una transformación fundamental, ¿no le parece?

—Claro. La cultura, entendida como una unidad orgánica, esto es, un conjunto dentro del cual cada parte obra en función del resto, significa que ninguna actividad puede cambiar o modificarse aisladamente. Así, pues, un arte nuevo exige la renovación de todo el sistema social.

—¿Cuál es el problema social más importante de la Argentina?

—El agrario, sin duda. Pero a propósito, querría hacerle advertir cómo la solución parcial de un problema no resuelve nada. La monstruosa hipertrofia del latifundio en la Argentina es la antítesis de esa simétrica belleza, como alguien llamó al equitativo reparto de la tierra en los Estados Unidos: sin embargo, bajo la crisis mundial, el agricultor yanqui no cede al argentino en miseria.

No creo, pues, que el problema social de la Argentina, de Sudamérica, en general, difiera del que preocupa al resto del mundo; salvo las variantes de color local, el problema, en el fondo, es el mismo, aquí o en la China. El capitalismo que ha roto todas las fronteras y gobierna todos los gobiernos, es internacional por excelencia. De ahí que la redención de la miseria nacional no pueda ser asunto puramente nacional. Fórmulas como la de «la Argentina para los argentinos», consigna del diario más conservador y frondista de Buenos Aires, son falsas y gastadas. Hasta el liberalismo las ha superado.

Por lo demás, si somos vasallos de un amo del mundo, es claro que no podemos luchar solos por grande que sea nuestro esfuerzo.

—Su libro *El General Paz* y *los dos caudillajes* ¿comporta una nueva interpretación de la historia argentina?

—Así lo creo, al menos. La revolución de Mayo, aparece como lo que fué: un movimiento de los hacendados de Buenos Aires, que no sólo no benefició más que a ellos, sino que significó la creciente extirpación de la clase menesterosa o gauchaje, rematada por el gobierno retrógrado de Rosas y los gobiernos progresistas de Roca a Mitre.

Los escritores y la prensa

Hay una monstruosa desproporción entre el crecimiento editorial chileno, evidente en el número cada vez mayor de anuncios que publica la gran prensa de Santiago y la exigüidad del espacio que dicha prensa concede a la literatura nacional.

En Buenos Aires, por ejemplo, con un movimiento editorial mucho más reducido, los grandes diarios publican, sin embargo, suplementos de literatura no sólo mejor presentados sino también completamente originales en cuanto a la colaboración argentina y extranjera se refiere.

Nuestros grandes diarios parecen conformarse con la reproducción *in extenso* de las páginas de aquellos suplementos, a tal punto que muchas veces puede confundirse la página de un diario chileno con la de uno argentino y en particular se dá el caso de ver un mismo artículo reproducido el mismo día en varios de nuestros periódicos con la misma ilustración...

¿A qué obedece este fenómeno? A no otra cosa que la falta de una actitud más decidida de parte de los escritores de uno y otro lado de los Andes para impedir por la ley que las producciones intelectuales sean consideradas aquí bienes mostrencos.

Por su parte, la Sociedad Chilena de Escritores ha iniciado ya con la institución similar de la Argentina las conversaciones preliminares para un entendimiento que ponga fin a esta anomalía que perjudica a todos por igual.

A un convenio semejante, nuestra Sociedad no tardará en llegar, asimismo, con la de los escritores españoles, a quienes no sólo se les toma aquí sus artículos, sino también sus traducciones de libros publicados en España.

Segura de defender así mejor los derechos de los escritores chilenos, nuestra Sociedad, de acuerdo con la ley vigente, invitará a los editores locales a hacer efectivo el pago de las traducciones tomadas fuera del país.

Mientras los diarios y las editoriales de Chile puedan apropiarse de los artículos y de las traducciones del extranjero como desgraciadamente viene sucediendo (aunque a decir verdad, cada vez menos en cuanto a las traducciones de libros se refiere) la situación del escritor nacional será difícil y no tendrá remedio.—S.

Rosny, el creador y el trabajador octogenario

Las principales revistas francesas, y *Le Mercure de France* particularmente, han dedicado un homenaje a los ochenta años de edad y a las ochenta obras escritas por el escritor que firma J. H. Rosny, aíné. Nacido en Bruselas el 17 de Febrero de 1856, Joseph-Henri-Honoré Boex, es generalmente considerado como un escritor francés, al igual de Maeterlinck y otros extranjeros que se han expresado en lengua francesa.

La consagración dedicada a Rosny, mayor, premia justamente medio siglo de nutrida producción literaria. Joseph publicó su primera novela, *Nell Horn*, en 1886. Luego, por espacio de doce años, continuó escribiendo en colaboración con su hermano Justín, nacido en 1859; pero desde 1898 las firmas volvieron a separarse, y el nombre y la obra que han predominado, como en el caso de los Goncourt, son los del mayor de los dos hermanos.

El nombre de pluma de Rosny, lo tomó de una residencia de verano en Rosny-sous-Bois, a donde salía a tomar contacto con la tierra este parisiense metódico y laborioso, cuya obra admirablemente regular en su volumen y calidad, abarca la novela de costumbres (Marc Fane), el análisis psicológico, los problemas del feminismo (*La Fille d'Affaires*) y el socialismo (Gaspard; *La Vague rouge*; *Le Bilateral*) y sobre todo el espejismo fabuloso del pasado y el porvenir.

En este tópico, J. H. Rosny aíné corrige a Julio Verne y supera en pureza artística a G. H. Wells. *Vamireh*, *Les Xipehus*, *La Guerra del Fuego* y decenas de otras novelas, discurren con precisión científica y sugerencia artística sobre el pasado más remoto y el problemático porvenir. Así, a los ochenta años, este maestro literario sigue produciendo e investigando, con la ciencia teórica y la observación de la vida como sus elementos de renovación. El laboratorio y la fábrica, la tierra y las muchedumbres, son los elementos familiares en que se mueve el espíritu maravillosamente penetrante de Rosny el mayor.

Presidente de la Academia Goncourt, cuyos premios anuales son la más alta consagración literaria de Francia, Rosny tiene el cariño de los viejos y el respeto de los jóvenes. Desde los lejanos tiempos en que participaba en las excursiones campesinas en torno a la residencia veraniega de Alfonso Daudet en Champrosay, Rosny no ha perdido su contacto con las generaciones literarias de París, y su viejo departamento en la viejísima calle de Rennes sigue siendo un centro de reunión para veteranos y cadetes de las letras. Alto, sordo, y por lo tanto con una magnífica indiferencia para el decir de los demás, Rosny se espacia con vigor y entusiasmo juveniles sobre los más variados y profundos temas de conversación, abarcando sin esfuerzo desde la visión de los mundos hace un trillón de años, hasta los agudos problemas sociales y morales del día que vivimos.

León Daudet, Duhamel, cien voces se levantan con motivo de este aniversario glorioso, para pedir que Francia premie con una pensión de gracia la vida y la obra ejemplar de J. H. Rosny, aíné.

Bibliografía

Pablo Neruda

(Residencia en la Tierra, Ediciones Cruz y Raya, Madrid)

Il faudrait, pour rendre pleine justice au talent de M. Pablo Neruda, comparer ce qu'il y a en lui de puissamment original et l'importance des longues racines qu'il plonge dans la tradition poétique espagnole. Ces deux éléments se mêlent, sans se confondre, dans les deux volumes de poèmes, *Residencia en la Tierra*, que publient les Editions de Cruz y Raya (Madrid). En paraissant sous le signe de ces Editions

de l'Arbre, qui marquent un des courants les plus nobles et les plus féconds de la littérature espagnole moderne, l'œuvre de M. Pablo Neruda prend une autre signification encore. M. Neruda appartient à la littérature de l'Amérique hispanique: cela veut dire qu'il accorde les traditions castillanes et andalouses (andalouses, parce que, souvent, il nous fait penser à Gongora), avec une originalité de sentiment et de pensée qui distingue les poètes du Nouveau Monde alors même qu'ils écrivent en espagnol. Il y a, en effet, dans *Residencia en la Tierra* une vision du monde et une conception de la vie nées sous un autre climat tellurique que celui de l'Espagne.

Ce que je veux retenir surtout de l'œuvre de M. Neruda, c'est la nouveauté de la voix qu'il fait entendre. Nouveauté dans les cadences musicales d'abord, qui épousent la forme de la méditation et du monologue intérieur: nouveauté, aussi, dans le choc des images, dans cette sorte d'appréhension ardente, violente, de la vie.

Ces poèmes sont parfois très mystérieux; non dans leur formulation, mais par la nature de l'expérience qu'ils traduisent. L'interrogation de l'individu, en face du monde et de lui-même, prend quelquefois chez Pablo Neruda quelque chose de hanté. Quand le poète dit, par exemple: «Il m'arrive que je me lasse d'être homme», il nous livre une clef valable pour la plupart de ses poèmes secrets. Car le poème devient alors le support des métamorphoses, et dans sa lassitude d'être homme, l'artiste s'élançe sur la pente rapide de l'évasion lyrique.

La plupart des poèmes de Neruda sont ainsi des évasions, réussies ou manquées, des tentatives pour modifier l'univers selon les desseins du rêve, des tentatives aussi pour déguiser l'individu à la recherche de lui-même et qui se poursuit au moment même où il croit se fuir. L'opération poétique agit comme un sortilège magique qui s'efforce vers une transformation du monde. Le choix des épithètes, la disposition des mots dans le poème, et la disposition des mots-jalons, suivant les arabesques de l'idée, révèlent cette marche vers la poésie-sorcellerie, vers l'incantation efficace, qui apparaît comme un moyen de salut. Les symboles jouent alors les conjurations, l'évocation de la nature réelle ou mythique supporte l'appareil des transmutations, et dans le moment même où, comme Faust, il descend vers les Mères, en serrant la clef, le poète atteint le fond de lui-même et, avec la violence d'un choc, le palier essentiel de son moi.

Cette poésie si neuve, si fraîche d'accents, et, en même temps si chargée de significations, apparaît comme un des événements les plus importants dans la littérature hispano-américaine. Par la richesse de sa sensibilité poétique, par sa philosophie de la vie si singulière, par la beauté de l'instrument lyrique qui devient l'outil le plus varié et aussi le plus pur.

La similitude des noms m'a suggéré qu'il pourrait y avoir une certaine parenté entre cet Américain et le grand poète tchèque Jan Neruda. Non pas dans leur formulation poétique qui est bien différente, mais peut-être dans la nature de leurs inquiétudes et de leurs aspirations. Cela expliquerait—qui sait?—la complexité extrême de la personnalité de Pablo Neruda, si, après avoir noté l'union en lui des caractères américains et de la tradition espagnole, nous découvriions d'autres sources encore à cette interrogation passionnée sur la destinée de l'homme et sa raison d'être sur la terre.— MARCEL BRION.

—(De *Les Nouvelles Littéraires*, 18 de Abril, 1936.)

Yolando Pino S.

(La Poesía de Julio Herrera y Reissig, P. de la Universidad de Chile)

Acaba de aparecer la Tesis doctoral del Lector de Español de la Universidad de Hamburgo. Y. Pino Saavedra, *La Poesía de Julio Herrera y Reissig*. Este estudio crítico de la obra del poeta lírico hispanoamericano Herrera y Reissig descubre claramente el conocimiento de los métodos de investigación de la lingüística y ciencia literaria alemanas, especialmente en la segunda parte más extensa, que está dedicada exclusivamente a la investigación estilística. Aunque el poeta mismo habla de la dualidad de su estilo («el de la palabra y el del pensamiento»), el autor de este estudio ha visto con justeza que no se puede fijar exactamente el límite, y los puntos de vista, de los cuales hay que considerar la esencia del poeta lírico, pueden aplicarse tanto a la palabra como al pensamiento. De los elementos estilísticos totales, que aparecen analizados en ejemplos típicos, se desprende cuán fuerte es la influencia de los simbolistas franceses. Pino Saavedra incluye la poesía de Herrera y Reissig en la corriente exotista de la literatura europea, exotista en el sentido que Friedrich Brie da al término «exotismo». Pino Saavedra va más allá, agregándole los elementos «simbolístico-decadentes». El exotismo de lugar, como aparece en ciertas visiones de Herrera y Reissig, juega en ello un papel secundario. Pero justamente aquí hubiera sido interesante averiguar cómo mira el «exotismo» europeo o asiático un poeta que vive en ambiente exótico, como es el caso de Herrera y Reissig que nunca ha salido de Sudamérica.

—De la revista alemana *Germanisch romanische Monatschrift*, traducido para SECH.

Extracto de las sesiones celebradas por la Sech bajo su nuevo directorio, hasta el 29 de Mayo

Junta General Ordinaria (6 de Abril).
—Bajo la presidencia de don Ernesto Montenegro se elige el nuevo directorio para el presente año. Obtiene mayoría los señores Ernesto Montenegro, Juanuario Espinoza, Julio Barrenechea, Alberto Romero, J. S. González Vera, Jerónimo Lagos Lisboa, Manuel Rojas, Ciro Alegría y Sady Zañartu.

Sesión de Directorio (14 de Abril).
—Elió presidente a don Manuel Rojas; vice-presidente a don Alberto Romero; tesorero a don Jerónimo Lagos Lisboa y secretarios a don Sady Zañartu y a don Julio Barrenechea.—Se responde o

una invitación del Congreso Científica de Chile, que se efectuará en Septiembre, en Valparaíso, con motivo del IV Centenario, y se designa delegado a dicho Congreso al consocio don Luis Thayer Ojeda, presidente del Ateneo de Valparaíso.

Sesión de Directorio (21 de Abril).
—Se recibe una nota de don Arturo Capdevila, en que agradece su designación de miembro honorario de la Sociedad.—El presidente da cuenta de su gestión con la Editorial Ercilla para que ésta instituye un premio literario anual.—Se nombra una comisión com-

puesta por los señores Manuel Rojas, Fernando Santiván y Julio Barrenechea para que se encargue de presentar el proyecto de una revista de la Sociedad.

Sesión de Directorio (5 de Mayo).—Se recibe una comunicación del Presidente de Bolivia, Excmo. señor Tejada Sorzano, que dice que, accediendo a una petición de la Sociedad de Escritores, su gobierno deja en libertad al escritor Gustavo Navarro (Tristán Maroff) para que se dirija al extranjero.—El secretario del Partido Aprista Peruano, señor Carlos Alberto Izaguirre, agradece las gestiones realizadas por la Sociedad con motivo de haber recobrado la libertad la escritora Magda Portal.—El señor Ismael Edwards Matte agradece la actitud gremial de la Sociedad ante su relegación política y presenta su solicitud de admisión, que es aceptada por unanimidad.—Se aprueba el proyecto para una revista de la Sociedad de Escritores de Chile con el título SECH. (Revista de la Sociedad de Escritores de Chile).—Se nombra al presidente don Manuel Rojas, y a los directores don Ernesto Montenegro y don Jerónimo Lagos Lisboa, para dirigir y administrar la nueva revista. Se autoriza a esta comisión para invertir hasta un 60% de las entradas en pagos de colaboraciones.—El presidente señor Rojas da cuenta de una conversación tenida con el señor Juvenal Hernández, Rector de la Universidad de Chile, quien manifiesta su interés por instituir un «Premio de la Universidad de Chile», de cinco mil pesos, en concurso anual que patrocina la Sociedad de Escritores.—Se establece que este premio literario se adjudique al tema de «Ensayo».—Se acuerda estudiar las bases.—El secretario señor Sady Zañartu

da cuenta de su conversación tenida con los alcaldes de Valparaíso y Viña del Mar para celebrar la Exposición del Libro en la primera de esas ciudades durante las fiestas de su Cuarto Centenario.—Se acuerda celebrar en diferentes ciudades del país la «Semana de la Sociedad de Escritores», que consistirá en ciclos de conferencias en que actuarán los miembros de la Sociedad.

Sesión de Directorio (12 de Mayo).—Se da cuenta de una nota del Sub-Secretario de Relaciones Exteriores, señor Germán Vergara, en que comunica que la Empresa Editorial «Congagua» y de «Femina Ilustrada», de Buenos Aires, solicitan colaboraciones de escritores y poetas chilenos con el objeto de divulgar su producción.—Se da cuenta de una comunicación del señor César Moreno, organizador de los Juegos Florales del periódico «La Prensa del Tercer Distrito», que se celebrarán el 27 de Junio en el Teatro Oriente, en la que solicita el nombramiento de dos miembros de la Institución para actuar en el jurado.—Se nombra a los directores señores Ciro Alegría y Julio Barrenechea.—Las bases, en síntesis, de este concurso, son dos temas: a) canto a la Reina. Premio \$ 800; b) ensayo acerca de las comunas del tercer distrito. Premio \$ 1,000. Se da libertad amplia para el número de las estrofas y extensión de los trabajos en prosa.—Se lee una nota que se enviará al Presidente del Club Hípico para promover una reforma en el otorgamiento de los premios literarios acordados por esa institución.—El director señor Januario Espinoza presenta la solicitud de ingreso a la Sociedad, del escritor don Ricardo A. Latcham, que es aceptada por unanimidad.

Sociedad de Escritores de Chile

Movimiento de fondos en el año 1935

	Entradas	Salidas
1935		
Enero 1.º—	A saldo.....	\$ 201.30
Marzo 29.—	Recibido de Editorial Nascimento por una edición de «Melpómene» cedida por su autor a la S. de E. de Ch.....	500.00
Agosto 22.—	Reintegro de subvención del Ministerio de Instrucción para Exposición del libro chileno en Lima.....	1.118.60
Diciembre 31.—	Cuotas cobradas en el semestre.....	2.382.60
»	Sueldos pagados a dactilógrafa de oficina.....	\$ 820.00
»	Gastos de aseó oficina.....	140.00
»	Gastos de útiles de escritorio.....	324.40
»	Compra de una máquina de escribir y mesa para id.....	665.00
»	Comisiones pagadas por cobranza de cuotas sociales.....	390.00
»	SALDO al 1.º de Enero de 1936.....	1.863.10
	\$ 4.202.50	\$ 4.202.50



A los intelectuales en general

Escritores - Artistas - Estudiantes

Ofrecemos un variado
surtido de BLOCKS para

ORIGINALES
CARTAS
DIBUJO
CROQUIS

SOBRES, CUADERNOS Y
TODA CLASE DE AR-
TICULOS para ESCRITORIO

Nota importante.— Nuestros productos llevan la marca
de garantía "ORION" y se venden en todas las
buenas librerías del país.



LÜER, PAYE & Cia.

San Antonio 172 - Casilla 885

IMPORTADORES DE MAQUINARIAS
y MATERIALES para las ARTES GRAFICAS

EDITORIAL CULTURA

1165 - Huérfanos - 1165 : Casilla 4130 : Santiago de Chile

Últimos libros publicados:

El yo y lo inconsciente. Nuevas rutas de la psicología de los complejos, por C. G. Jung.....	\$ 6.00
Fundamentos de Filosofía, por Bertrand Russell	9.00
La sociología del saber, por Max Sheler.....	7.00
Los ojos del Hermano Eterno, por Stefan Zweig	3.00
Los Dictadores, por Jacques de Bainville.....	5.00
George Sand y sus amantes, por Jean Davray	6.00

Tiene en prensa:

El Prisionero de los Abisinios. Novela de Guillermo Ferrero.

El sentido de la vida, por Alfred Adler.

El Problema de la Psicoanálisis, por Jung.

Etc., Etc.

Pida catálogo. Se remite gratuitamente.

SECH

Revista de la Sociedad de Escritores de Chile

Publicación bimestral

Precio del ejemplar \$ 1.00

Suscripción anual 5.00

Correspondencia y valores a J. Lagos

Lisboa.--Clasificador E-370

Santiago - Chile